

FERNANDO DEBESA

MAMA ROSA

“USO EXCLUSIVO VITANET,
BIBLIOTECA VIRTUAL, 2003”

PERSONAJES

LA FAMILIA

MISLA MANUELA ECHEVERRÍA V. DE SOLAR

PANCHO SOLAR

JAVIER SOLAR

MARGARITA SOLAR

LEONOR SOLAR

TERESA LARRAÍN DE SOLAR

SAMUEL HURTADO

ARTURO VALDÉS

CRISTINA ECHEVERRÍA

ALFONSO ECHEVERRÍA

PANCHITO SOLAR

MÓNICA SOLAR

LOS NIÑOS

PANCHO SOLAR

JAVIER SOLAR

MARGARITA SOLAR

LEONOR SOLAR

LOS EMPLEADOS

LA ROSA

LA MAMA CHANA

LA LIDUVINA

LA ENRIQUETA

LA CARLOTA

MATEO

MACARIO

FELISA

MUDANCERO VIEJO

MUDANCERO JOVEN

PRIMERA PARTE

Una casa aristocrática de Santiago en 1906, casa amplia de tres patios. La escena representa el salón chico o salita, donde se reúne la familia en la intimidad. Muebles de caoba con muchos años de uso.

Una mesa de arrimo arreglada como altar para el Mes de María, con mantel de lienzo. Virgen grande de loza y dos candelabros de bronce. Muy visible, un gran , retrato al oleo de MISIA MANUELA, vestida de mazona.

Al fondo de la sala, ventana y puerta de dos hojas que dan a la típica galería de vidrio. Más allá, el patio, con plantas ornamentales y los naranjos de rigor. A un lado del decorado, pequeña puerta que da a la pieza de costura, donde trabajan las sirvientas. (La palabra 'empleada' no existe todavía)

MISIA MANUELA ECHEVERRÍA VIUDA DE SOLAR, la dueña de casa, esta sentada frente a su escritorio, sacando cuentas. Tiene treinta y siete años, es bella y enérgica. Viste de oscuro.

Son las cuatro de la tarde del cinco de diciembre. Por la puerta de la galería entra la ENRIQUETA, cocinera de la casa.

ENRIQUETA: — Aquí le traigo las cuentas de la semana Misia Manuela.

MISIA MANUELA:— Te felicito por tu almuerzo, Enriqueta.

Hacía tiempo que la cazuela no te quedaba tan a punto.

ENRIQUETA:-Usté siempre tan fácil de contentar, misiá Manuela. Es que le puse el arma a la cazuela! Me acorde de lo mucho que le gustaba al finao don Francisco...

MISIÁ MANUELA (.Suspira):— Francisco era tan aficionado a la buena mesa... (no tiene tiempo para las emociones).

Dame la lista de compras.

ENRIQUETA:— Aquí'stá. misiá Manuela. ¿Ve? Cinco de diciembre.

MISIA MANUELA (Se distrae un instante) — ¡cinco de diciembre! Pensar que va a hacer cuatro meses del terremoto. Pensar que voy a cumplir seis años de viuda. Cómo pasa el tiempo! (Se recobra y lee la leía, diciendo en murmullo...) Veinte libras de carne. . . un quintal de manteca. . . un saco de harina. . . (Levanta la vista. Los gastos han aumentado, Enriqueta. (Explicativa). Tú sabes cómo he tenido que luchar para mantener esta casa. Todavía no termino de pagar las hipotecas del fundo.

ENRIQUETA:— Es que algunas cosas han subió de precio, misiá Manuela...

MISIA MANUELA:— Por lo mismo, tendrás que aprovechar todo lo que se compra. De ahora en adelante, no botarás las claras cuando uses las yemas, ni le darás los choclos un poco duros a las gallinas.

ENRIQUETA:— Bueno, misiá Manuela. (Suena la campanilla de la puerta de calle).

MISIA MANUELA:— ¿Salió ya la mama Ghana a buscar a los niños al colegio?

ENRIQUETA:— Si, ya salió. Y como la Liduvina tampoco está, voy a ir yo a abrir la puerta.

MISIÁ MANUELA:— Bien, anda (Enriqueta camina hacia la puerta). A propósito! Enriqueta. Tienes que poner otro asiento en el comedor de servicio. Esta tarde debe volver del campo la Liduvina con una sobrina chiquilla que ya a entrar a servir aquí.

ENRIQUETA (En la puerta, inquieta):— ¿Va a ser niña de las piezas o del comedor?

MISIA MANUELA:— Va a dedicarse a la Margarita y a la Leonor, a atenderles su ropa y a acompañarlas. Ya les está gustando andar compuestas... (Vuelve a sonar la campanilla).

ENRIQUETA:— A la Chana no le va a gustar ná. .. Dice que ella es la mama 'e los niños y nadie se mete con ellos más qu ella... (Sale. Misia Manuela se levanta y se pasea. A lo lejos se oye una voz de hombre).

VOZ DE MATEO— Lo más alentaos toos por allá.

VOZ DE ENRIQUETA:— ¿Y la Carmela, cómo está la comadre?

VOZ DE MATEO (Acércandose):— Ya da gusto lo gorda qu'está. Aquí le traigo unos engaños a la patrona.

ENRIQUETA (Frente a la ventana):— Son gallinas. Páselas p'acá; yo las llevo p'entro.

ESCENA II

Misia Manuela sale a la galería

MISIÁ MANUELA:— Adelante, Mateo. (Este entra. Es un hombre fuerte y tosco, de unos sesenta años. Enriqueta desaparece hacia el interior de la casa).

MATEO:-- Güenas tarde, su mercé...

MISIA MANUELA:— Me alegro de verte. Hace un mes que no tenía noticias del 'Membrillar' y estaba inquieta...

MATEO:— No había podido venir; pus patrona, porque tenía a la Carmela enferma. Pero ahora ya está bien.

MISIÁ MANUELA:— Cuéntame, ¿cómo marcha el fundo?.

MATEO (*Entusiasta*):— Tenemos que darle gracias a Dios, patrona, por lo que los ha amparao. Viera su mercé por esos laos, las las calamidaes del terremoto: casas por el suelo, ríos salío. de madre. Mientras que en el “Membrillar”, apenas doró tres rancho. calos, que ya ‘stán paraos otra vez. Y la cosecha se presenta mejor que nunca. Toos pu’allá creímos que un santo los ha prosegío. O más bien dicho, a su mercé, por lo güena qu’es...

MISIÁ MANUELÁ:— Me alegran tus noticias. ¿Entonces vamos a poder pensar en serio en el fundo de don Ernesto Echaurren?

MATEO:— ¡Psh! Si ya le tengo bien adelantá la compra, ya. Su mercé mi había dicho que le sondiara a on Ernesto si venderla “San Cayetana”. Y yo, viendo tan güena la cosecha, ya lo tengo too palabriao.

MISIA MANUELA:— ¿Le propusiste la compra?

MATEO:— Claro, pus, patrona: doscientos mil pesos (Como si fueran veinte).

MISJA MANUELA:— ¡Mi buen mayordomo! ¡Pero de dónde vamos a sacar esa suma? ¡Doscientos mil pesos! (*Como si fueran dos millones*).

MATEO:— ¡Con la cosecha que viene y con qui un Banco le empreste atrévase no más!

MISIA MANUELA (*Respirando fuerte*):— Me da miedo, Mateo, abarcar das fundos, “El Membrillar” y “San Cayetano”...

MATEO (Como si las dudas de misía Manuela se debieran a su capacidad):— ¡Tenga confianza en mí, patrona? Soy demás capaz pá los dos. (*Acercándose a ella, chismoso*). On Ernesto vende barato “San Cayetano” porque -ta muy endeudao. Parece qui anda templao di un señora, y bota más de lo que tiene.

MISIÁ MANUELA:— ¿Y te aceptó venderlo, en doscientos mil? Es mucho dinero para mi, pero poco para “San Cayetano”..

MATEO:— Parece que quiere irse a las Europas etrás esa señora, y no aya de onde sacar la plata. Por eso dijo que güeno.

MISIÁ MANUELA:— Estas buenas noticias hay que celebrarlas. Siéntate, Mateo. (Primera vez que se le ofrece tal privilegio; Mateo no se atreve). ¿Qué te parece una copita de mistela?

MATEO:— Gracias, patrona. No se moleste. -- (Ella, de una botella pequeña sirve dos vasos le pasa uno a Mateo. Este protesta). Patrona ¡Cómo se le ocurre! Servirme su mercé a ml...

MISIÁ MANUELA:— ¡Cómo no voy a atender al hombre que me ha servido fielmente desde que murió mi marido! (*Alegre*). ¡A tu salud, Mateo, el mejor mayordomo de toda Colchagua ¡(*El bebe, Ella apenas se moja los labios*).

MATEO:— Es muy güena su mercé y Dios la ayuda. Eso es lo qui hay. Así le ecía a la Carmela ayer no más. Como misiá Manuela un hay. Por eso tá saliendo aelante’ e toas las apreturas en que la ejó on Francisco. Muy güenazo era el finao, pero pa los negocios, lo mismo que ná, como ternero mamón.

MISIÁ MANUELA (*Mientras le llena de nuevo el vaso*):— Es que he tenido suerte, Mateo.

MATEO (Se le va soltando la lengua):— Es que su mercé tiene más orden en los cuaernos, es más determina que el finao.. (Acercándose a ella, confidencial.) Lo que ‘s a mi, misiá Manuela, me gusta más trabajarle a usted... (*Emocionado, bebe al seco el segundo vaso*). La Carmela me ecía ayer: si a gusto ver a la patrona, que no piensa más que en los niños y en el fundo, tan joven y güena moza...

MISIÁ MANUELA:— Es mi deber. Hay que preocuparse ahora, para que los niños tengan bienestar después-

MATEO (En plena confidencia):— ¿Sabe su mercé lo que icen pú allá en “El Membrillar”? Tan güena moza y tan sola, misiá Manuelita. Era que se casara, ... pá no tener el corazón desocupao...

MISIÁ MANUELA (*Un breve segundo de sueño. Después, cortante*):— Dile a los del Membrillar” que mis cuatro hijos me tienen el corazón muy ocupado. (*Se pone de pie; la entrevista ha terminado*). Bien, Mateo,: querrás pasar a la cocina a comer algo.

MATEO (*Un poco confuso*):— Güeno, misiá Manuela. ¿Cuándo se va su mercé pal “Membrillar”?

MISIÁ MANUELA:— En unas dos semanas más, apenas los niños salgan del colegio. Allá iré a ver a don Ernesto, para la compra de “San Cayetano”.

MATEO:— Le voy a tener las planillas listas, patrona.

MISIÁ MANUELA:— Bien, Mateo: ahora pasa a la cocina. (*Recuperando un poco de cordialidad*). Gracias por tus buenas noticias. Le tengo un paquete a la Carmela. Después te lo entrego.

MATEO:— Gracias, patrona (MATEO sale, MISIA MANUELA se mira en el espejo y murmura: “*El corazón desocupado.. .“ La saca de su sueño el ruido de un portazo y una gritería de niños. Carreras, y aparecen por la puerta del corredor PANCHO y JAVIER , atropellándose, royos de excitación. Visten trajes de marinero con pantalón apretado debajo de la rodilla. PANCHO tiene quince años y JAVIER catorce. PANCHO es rubio y buenmozo. JAVIER es moreno, rostro espiritual de santo español*).

ESCENA III

PANCHO Y JAVIER (*Gritan al mismo tiempo*) :— ¡Yo primero! ¡Yo la beso primero! ¡Mamá, mamá! (*Se abalanzan como locos sobre misiá Manuela. PANCHO le da un empujón a JAVIER y besa primero a su madre. MISIA MANUELA los besa con gran cariño*).

PANCHO:— ¡Mamá, mamacita!

JAVIER: ¡Tramposo, me empujaste!

MISIA MANUELA:— ¡Cuidado, cuidado, niños! ¡Y las niñas?

JAVIER:— La mama Chana les viene contando el cuento del terremoto. Ya lo ha contado más de mil veces.

PANCHO (*Idea*) :— ¡Escondámonos! (*Los dos nulos arrastran a MISIÁ MANUELA al escritorio y se esconden. Aparecen por la puerta la MAMA CHANA con MARGARITA y LEONOR. La CHANA tiene cincuenta años y fue la mama de don Francisco. Las niñas llevan rizos y bonitos vestidos claros. MARGARITA es rubia y luminosa. LEONOR es morena, y cojea un poco. La GHANA viene en pleno cuento*).

CHANA (*Entrando*) :— ‘Y cuando las ejé a ustees ar lao el naranjo grande, corté pa la calle a buscar a on Rafael. ¡Jesús, la zalagarda que había ajuera! Me jui por la calle’e los Huérfanos arriba, haciéndole’l quite a los que corrían. Cuando en l’esquinae la Calle Peumo, se pone a temblar de nuevo y a sonar las camparías del puro meneo. Tuve qui agarrarme de un farol pa’no caeme. Cuando en esto siento que se me viene encima... (Gesto de muro que cae. PANCHO sale de su encondite bruscamente).

PANCHO (*Formidable*):— ¡Pum!

CHANA (*Aterrada*):— ¡Mierda! (Todos se rien a gritos. La MAMA CHANA se enoja y asesa con la mano en el seno) ¡Esu’es, chiquillo veleidoso! Veni a reírte ahora, cuando si no me arrastro a cuatro patas debajo’e la murall’ el correor, te cae la viga encima, igual qui a la Lionor, y te había quedao la pierna torcía, igual qu’ella. . (Leonor asustada, se aferra a su madre).

MISIA MANUELA:— Ya sabes Chana, que no me gusta que le hables a los niños del terremoto. Eso ya pasó y hay que olvidarlo. ¿Y cómo se portaron hoy?

CHANA (*Vengativa*):— Malazo. Los voy a acusar. (*Ellos la miran asustados*). Estos chiquillos, misiá Manuela, me van a matar. Uno le tiró la cola al gato ‘e la botica, y el boticario salió con un palo detrás d’ellos. ¡Cómo m’hicieron correr por la call’e los Huérfanos!

MISIA MANUELA:— ¿Cuál de ellos fue? ¿Pancho o Javier? (*PANCHO, esta a la derecha de la CHANA y JAVIER a la izquierda. Ella,*

con fingida furia mira primero a uno, después al otro. Su corazón es de mantequilla y...).

CHANA:— Este Pancho es muy malo... y este Javier es el diablo en persona... (*Mira a misía Manuela*) pero la pura verdá que con el sofocón, no me fijé cuál de los dos había sido. Los niños respiran fuerte del gusto).

PANCHO (*Que le tiró la cola al gato*):— ¡Así me gusta, mamita, que no se acuerde de ná!

JAVIER:— Con o sin gato, mamita, yo la quiero más. (*La abrazan y manosean. Ella, feliz, finge protestar*).

CHANA:— Téense quietos, chiquillos veleidosos. ¡Güen dar que la jilibean a una!

MISIÁ MANUELA (*Se sienta*):— Y tú, Margarita, ¿cómo te portaste en el colegio?

MARGARITA:.... Bien, mamá. ¡Claro que esa antipática de la monja Filomena me las va a pagar!

MISIA MANUELA:— ¿Por qué? ¿Qué pasó?

MARGARITA:— Porque no supe cómo se plantaba el trigo me trató de ignorante. (Pausa). ¡Y después me castigó!

MISIA MANUELA:— Te castigó por algo que tú le contestaste, ¿no es cierto?

MARGARITA:—. Bueno., le dije que yo tenía fundo, y que para eso estaban los sirvientes, para plantar ellos el trigo.

MISIÁ MANUELA (*Severa*) :— Muy equivocada tu contestación, Margarita. El castigo de la madre Filomena me parece justo. Ya hablaremos de eso más tarde. Y tú, Leonor, ¿supiste las lecciones?

LEONOR:— Si, mamá. ¿Sabe la novedad? Seguí su consejo y en vez de quedarme sentada en el recreo, jugué con todas las demás niñas.

MISIA MANUELA:— ¿Y te dolió la piernecita?

LEONOR:— Un poco. ¡Pero gocé tanto jugando al mono porfiado!

MISIA MANUELA: No hay que exagerar, Leonor. Tienes que ir de a poco. Y tú Javier ¿cómo te fue en el colegio?

JAVIER:— Hoy me gustó más que otras veces. En la clase de religión ríos hablaron de íos misioneros que viven entre los negros. Y a veces los negros se los comen.

MISIA MANUELA ¿Te dan pena los misioneros?

JAVIER— :Por qué? El profesor dijo que los misioneros siempre salen ganando Aunque los maten los negros. o se ¡os coma un león, ellos salen ganando (*Queda abstraído*).

MISIA MANUELA:— Bueno, ahora todos van a ir a tomar once y después hacen sus tareas. Pancho. quiero hablar contigo (Todos;

salen con gran algarazara, mientras la MAMÁ GHANA se queja).

CHANA:— ¿Va a retar a Panchito? Yo no lo acusé ná...

MISIÁ MANUELA (*Severa*):— Anda con los demás, Chana. Yo sabré lo que hago.

CHANA (*Sale rezongando*):— Ya le va cargar la mano al pobrecito.

ESCENA IV

MISIÁ MANUELA:— Ya vas a cumplir quince años, Pancho. (Este guarda silencio). Ya no estás en edad de tirarle la cola a los gatos de la calle. (Silencio). Te hablo en serio, Francisco. (*Cuando le dice “Francisco”, el sermón es grave*). Eres el mayor de mis hijos y en pocos años más debes tomar las riendas del fundo y los negocios. Por eso tienes que prepararte con seriedad y estudiar al máximo.

PANCHO (*Con flojera, mimoso*):— Pero, mamacita linda, por eso mismo, ¿para qué estudiar tanto? En el fundo hay mayordomo y los negocios los lleva el Banco.....

MISIA MANUELA:— No quiero que seas un jovencito inútil. ¿Me entiendes? Quiero que estudies para que llegues a ser un caballero.

PANCHO (*Con orgullo*):— Soy un Solar Echeverría...

MISIA MANUELA:— Ser un aristócrata no es un privilegio; es una responsabilidad. Tu bisabuelo fue un gran Presidente de Chile porque tuvo convicciones, luchó por ellas y se sacrificó por su patria.

PANCHO (*Cínico, con la mano en la sola pa*):— Si yo fuera Presidente...

MISIÁ MANUELA (*Firme*):— ¡No te burles! ¡Imitarás a tu bisabuelo aunque yo tenga que huasquearte! Desde mañana estudiaré contigo de cinco a seis. (*Se asoma la LIDUVINA por la puerta*).

ESCENA V

LIDUVINA:— Aquí le traigo a mi sobrina, misía Manuelita.

MISIA MANUELA:— Un momento. (*A PANCHO.*) Ya lo sabes; desde mañana estudiaremos juntos tus exámenes. Ahora, anda a tomar once. (*PANCHO sale silbando la canción de Yungay. LIDUVINA siente el hielo y busca romperlo*)

LIDUVINA:— ¿Puedo entrar, misía Manuelita?

MISIA MANUELA:— Adelante.

LIDUVINA (*Llega al centro de la pieza y mira hacia la puerta*):— Ya, pus, éntrale, Rosenda. (*Aparece ROSENDA. Dieciséis años reventones, chapes, ojos vivos*). Esta es la Rosenda, misía Manuela,

Salúa, pus, Rosenda. (ROSENDA *hace un gesto encogido, que bien podría ser interpretado en Colchagua como un saludo*). Dile cómo te llamai.

ROSENDA (*Tragando saliva*):— ¿Quién. yo?

LIDUVINA (*Pone cara que quiere decir “mí sobrina es idiota”*)

Sí, vos.

ROSENDA:— Eh... Rosenda del Carmen González Tapia, pa servirle... (*Pausa, codazo de LIDUVINA*)... a su mercé.

LIDUVINA (*Decide ponderar la mercadería*) No es na ‘e tonta la chiquilla, misiá Manuelita. Viera lo aelantá que’s ta en la escuela y en el Catecismo. (*idea*) .. A ver, chiquilla, pa que misia Manuelita vea lo aplica que soi p’al Catecismo, échate un Creo. (MISIA MANUELA *se sienta, entretenida*; ROSENDA *cierra los ojos, apreta las manos y se lanza como un caballo*).

ROSENDA (*Con ritmo de Catecismo*):— Creo en Dios Paire too. poeroso, criador er cielo y la tierra y en Jesucristo s’único hijo... (*Pausa*) Criaor er cielo y la tierra.. . (*La tensión aumenta*) Criaor er cielo y la tierra.. . Criaor.

LIDUVINA (*Excitada*):— ¿No vis lo que te pasa por tirarte tan ligero? Lo que hay, misiá Manuelita, es que a esta chiquilla le cargaron la mano con tanto rezo. A ver, Rosenda, tu maire me ijo qu erai una bala pal mes de María. A ver, lárgate una Salve.

(*Mirada terrible a la ROSENDA*).

ROSENDA (*Con sonsonete*):— Dios te sarve Reiny Maire, Maire Misiricordia, vía, urzura, esperanza nuestra, Santa María, Maire Dios, ruega por losotros peca.

LIDUVINA (*Furiosa, interrumpe*):— ¡Te saltaste pál Ave María, desgraciA! (ROSENDA *sigue muy fresca*).

MISIA MANUELA:— No te preocupes. Liduvina, ya aprenderá la Salve.

LIDUVINA:— No es ná e tonta en el fondo. Lo qui hay, misiá Manuclita, es que está acholá. Esu es lo qui hay.

MISIA MANUELA:— Me gusta tu sobrina, Liduvina. Tiene buena presencia.

LIDUVINA (*Aliviada*):— Y es asiá, misiá Manuelita, como una agüita. La viera su mercé en las mañanas. Si no para, hasta que se lava el cogote y. .. too lo demás.

MISIA MANUELA (*Con intención*):— ¿Y de costumbres, Liduvina?

LIDUVINA (*Exagerada*):— ¡Como un cristal, misiá Manuelita! ¡Enterita y tiesa como un cristal! Jamás la ha mirado un hombre en su vía. ¡Ya anda en los dieciséis años y jamás, nunca, ná, por mi arma! (*Se besa pulgar e índice en cruz*).

MISIA MANUELA:— Me gusta, me gusta. Me quedo con ella...

LIDUVINA (*Suspiro de felicidad*):— Dios la guarde, misia Manuelita. No se va arrepentir ná. Esta chiquilla la va a servir toa la vía..

MISIÁ MANUELA (*De pie*):— Muy bien. Llévatela a tu pieza y que arregle sus cosas. Yo le explicaré mañana lo que tiene que hacer. Ahora voy a buscarle el paquete a la Carmela. (*Sale*).

ESCENA VI

LIDUVINA (*Nuevo suspiro*):— Harto susto que pasé, chiquilla atontá, cuando te sartaste de la Sarve p'áI Ave María. Menos mal que too se arregló (ROSENDA *sigue abstraída*). ¿Qué te pasa, Rosenda, que se te entró el habla?

ROSENDA (*Con timidez*):— Eso que usté ijo, no es ná verdá...

LIDUVINA:— ¿Lo que yo ije? ¿Qué cosa?

ROSENDA:— Que no me había mirao nunca naiden...

LIDUVINA:— Pero tu maire me ijo que nunca...

ROSENDA:— ¿Si acuerda, tía, de Custodio...?

LIDUVINÁ:— No me vengái a ecir que habís andao enredá con Custodio. (*Cambio de tono*). ¿Cuál Custodio?

ROSENDA:.... El hijo e doña Maclovia...

LIDUVINA:— ¿Ah, ése que le hacía a la guitarra?

ROSENDA:— Ese mismo, tía. A mi me cantaba...

LIDUVINA:— (*Inquieta*) :— ¿Te cantaba? ¿Qué canto te cantaba? ¿De cerca o de lejos?

ROSENDA:— De lejos, tía. (*Suspiro. En seguida, suavemente, entona*) “Ay, Rosa, vení al jardín. Ay, Rosa, ven que me muero; pá quererte entre las rosas, aquí cantando te espero”.

LIDUVINA:.... ¿Eso no más? ¡Leseras de güaina; Ahora tenis que olvidarte Custodio, de oña Maclovia, de tu mamita y de tu taita; vai a servir en casa grande, onde gent'e lo muy mejor y tenis que hacerlo bien, ¿entendís?

ROSENDA (*ast raída*):... Sí, tía.

LIDUVINA:... ‘Ahora vamos pa la pieza. Toma tus cosas (Toman sus paquetes y salen).

ESCENA VII

La pieza queda vacía, un instante. Entra JAVIER y se dirige a la mesa de la Virgen del Carmen, mirando a todos lados, sigilosa. mente. Cuando se convence de que no hay nadie, se coloca alrededor del cuello un mantel de terciopelo rojo, largo y angosto que hay sobre una mesita; junta las manos, saluda a la Virgen y dice: “E cum Spiritu tuo”. Después se mueve lentamente hacia los

lados, se vuelve y da una bendición, diciendo: “Benedice onipoténti, Padre Filiu e Spíritu Santo”. Es una comedia de la misa, algo encantador y sin una sombra de ridículo. Debe sentirse el candor y la elevación del niño que imita al sacerdote. Mientras JAVIER inclina la cabeza y reza en un desastroso latín, entra ROSA. Se le ha quedado un canasto y viene a buscarlo. Al ver a JAVIER, se queda rígida. El, asustado, se da vuelta y lanza lejos la estola.

Pausa.

JAVIER:— ¿Qué hacís aquí?

ROSENDA (*Asustada, muy en “pueblo”*):— El canasto... (Lo señala con el dedo). Se me queó el canasto ‘e mi taitita...

JAVIER:— ¿Quién soi?

ROSENDA (*Repite su lección*):— Rosenda del Carmen González Tapia, pa servir a su mercé.

JAVIER:— ¿Llegaste recién?

ROSENDÁ:— Sí, patroncito, con mi tía Liduvina.

JAVIER (*Se mueve alrededor de ella en “aristócrata”*):— ¿Y qué vaí, hacer aquí?

ROSENDÁ:— Voy a servir a las señoritas. (*Pausa. Ella incómoda, inicia la retirada*) Güeno, me voy (*Toma su canasto y se quiere ir, pero él se interpone*).

JAVIER:— Tan apurá . . . ¿Y de ande venís?

ROSENDÁ (*Incómoda*): — De Quenchagüe. . . (*Pausa*).

JAVIER (*Avanzando hacia ROSENDA a tomarle las cintas de las trenzas*):— ¿Y toas usan estas cintas. en Quenchagüe? (*ROSENDA retrocede hasta el altar. El, con gesto travieso, sin maldad, le toma una rosa de cinta y la deshace. Ella enojada, se echa para atrás*).

ROSENDA:— ¡No! ¡La cinta, no! (*Al echarse hacia atrás, se apoya en el altar y bota la Virgen del Carmen. Pánico de JAVIER*).

JAVIER:— ¡La Virgencita! (*A ROSENDA*) ¡Tonta grande, mira lo que hiciste! (*Levanta la Virgen*) ¡Virgencita, perdona a esta tonta del campo!

ROSENDA (*Ojos muy abiertos*):—... no quise botarla..

JAVIER (*Su interés por ROSA se transforma en fastidio*):— ¡Ándate, bruta, déjame tranquilo!

ROSENDA (*Asustada*):— Yo.. no me fijé.. . (*Toma su canasto y sale*).

ESCENA VIII

JAVIER reza a la Virgen en voz baja. Se entienden trozos de frases: “Perdóname los pecados os... Virgencita querida”... Todo con

gran seriedad, sin ser cómico ni un instante. Se oyen voces de niños que se acercan. y entran MARGARITA y LEONOR, jugando con diábolos y gritando.

MARGARITA (*Riéndose*):— ¡Te gané, te gané!

LEONOR (*Riéndose*):— ¡Ay, se me cayó! (*Con gran ruido se agacha y busca su diábolito*). Entra MISIÁ MANUELA con PANCHO).

MISIÁ MANUELA:— Ya niñitas, silencio. Vamos a rezar el mes de Maria luego, porque después de comida les da sueño.

JAVIER:— Mamá, ¿voy a buscar las flores?

MISIÁ MANUELA:— Bueno, pero que sus hermanas le ayuden.

MARGARITA:— ¡Vamos! (*Salen los tres con mucho ruido*).

MISIÁ MANUELA:— Pancho, arregla tú las sillas (*Entra la MAMA CHANA*).

PANCHO (*Orgulloso, entre dientes*):— Siempre las arreglan las sirvientas.

MISIA MANUELA (*Firme*):— De ahora en adelante las arreglarás tú.

CHANA (*Rezongando*): Ya le están cargando la mano a mí pajarito. (*A PANCHO*). Dejame a mí... (*Empieza a arrastrar sillas*).

MISIÁ MANUELA (*Muy seria*):— ¡Chana dije que Pancho iba a arreglar las sillas de ahora en adelante!

CHANA (*Se queda quieta y rezonga*):— ¡Esú es! ¡Pá reventarle los pulmones a este pobre huacho!

MISIA MANUELA:— ¡Anda a llamar a las demás! (*La CHANA sale. Entran los tres niños con floreros de nardos e ilusiones*).

MARGARITA:— Yo los arreglo. . . Dé jame a mí.

JAVIER:— No, a mí me loca. La mamá dijo que yo era el sacristán. (*Todas estas exclamaciones son rápidas, con ruidos de pajarera*).

MISIA MANUELA:— Sí, Javier es el sacristán. (*Entran la ENRIQUETA, la CHANA y la CARLOTA*).

CHANA:— Ya viene la Liduvina con la chiquilla. (*Con desconfianza*). ¿Y ésa, ‘qué viene hacer aquí?’

MISIA MANUELA:— Va a servir a la Margarita y a la Leonor.

CHANA (*Furiosa*):— Claro, com’ una ya está vieja y no sirve pa’ na’.

MISIA MANUELA:- No es eso, Chana. Pero tú estás corta de vista y las niñitas necesitan que les recorran sus vestidos. Así quedas más aliviada de trabajo.

CHANA (*La mira desconfiada*):. Más aliviá... (*Entre dientes*). Cuando me metan al cajón si que soy a ‘star aliviá ... (*Entra la LIDUVINA con la ROSENDA*).

MISIA MANUELA:— Entra, Liduvina. Niñitas, ésta es la sobrina de la Liduvina, que las va a atender a ustedes. (A ROSENDA) Esta es la Margarita y esta es la Leonor. (*Las niñas, traviesas, le hacen una pequeña genuflexión, tal como se las enseñan las monjas. ROSENDA turbada, no sabe responder*).

ROSENDA (*Acholada*):— Rosenda del Carmen González Tapia, pa' servir a sus mercés. (*Risa estentórea de los niños, sin maldad. ROSENDA baja los ojos*).

MISIÁ MANUELA:— Como nuestra lavandera se llama Rosenda, para evitar confusiones, te vamos a decir Rosa.

ROSA (Con espontaneidad): — ¡Como Custodio!

LIDUVINA (*Le da un codazo que casi la bota*):— Esta chiquilla es guenaza p'al canto, Misiá Manuela. Le puede servir p'al mes.

MISIÁ MANUELA:— Buena idea. -. ¿Sabes el “Oh Maria, Madre mía”?

ROSA:— Si, su mercé.

MISIA MANUELA:— Bien, tú cantarás los solos y los demás el estribillo. Javier. prende las velas. (*Javier lo hace*). ¿Estamos todas? (*Mira a los concurrentes, que se han ubicado según estricta jerarquía: adelante los niños con la CHANA, detrás la ENRIQUETA. más atrás la LIDUVINA, la ROSA y la CARLOTA*). ¿Y la Eulogia? ¿Qué se hizo la Eulogia?

ENRIQUETA:— La dejé regorviendo el manjar blanco, misiá Manuela. Usté sabe lo qu'es eso; una pestaña, y se quema too.

MISIA MANUELA:— Bien. Empezamos. (Abre su libro negro). Día veintiséis. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (Todas se persignan. Ella empieza el canto, que las demás siguen de rodillas. La única sentada es la mama. ROSA mira la silla de ésta y da un grito. Se interrumpe el “Oh María”).

MISIA MANUELA (*Impaciente*):— ¿Qué pasó, Rosa?

ROSA (*Señalando la silla de la mamá*):— El sombrero..., el sombrero

CHANA (Levantándose y sacando de la silla un ex sombrero, con desprecio):— ¿Era sombrero, esto? Yo creí qu'era cojín . . (*Risa de los niños. ROSA arrebató el sombrero de la mama y se pone roja de rabia*).

MISIA MANUELA:— No te importe el sombrero, Rosa. Yo te compraré otro...

ROSA:— Es que éste. .. éste me lo compró mi taitita, en la purpería . . (*El recuerdo del taitita la enternece*).

CHANA:—. Por eso parecía cojín ... Debía habértelo comprado tu mairé

ROSA (*Afligida*):— Qu' iba a comprar ná la pobre... cuando 'staba así de gorda. (*Gesto de vientre de nueve meses. Risas. Conmovida por el recuerdo de su madre, ROSA se pone a llorar*).

ROSA:— Mi mamita ..., quiero ver a mi mamita ... (*Codazo formidable de LIDUVINA. MISIA MANUELA recomienda el "Oh Maria" que todas acompañan, mientras ROSA llora*).

TELON

SEGUNDA PARTE

El mismo decorado, con algunos detalles que indican mayor riqueza. Sobre una mesa, un fonógrafo de corneta. Estamos en 1910, el año del Centenario. LEONOR lee sentada en un sillón. Tiene dieciséis años, es flaca y morenita. Después de un momento, pasa MARGARITA por el corredor. Son entre las cinco y seis de la Tarde de un día de octubre.

LEONOR:— ¡Margarita! (*Esta ya desapareció*).

VOZ de MARGARITA:— ¿Qué cosa?

LEONOR:— No te he visto en todo el día. Ven a contarme del baile de anoche..

MARGARITA (*Aparece con un gran sombrero puesto y otro en las manos*):— Estoy ocupada con los sombreros del trousseaux, Leonor. Por lo demás, fue un baile igual a todos: la misma gente, la misma orquesta, los mismos chistes... (*Entra y va a mirarse al espejo*).

LEONOR:— ¡Confíesame, Margarita! Piensa que yo no he ido a ninguna fiesta grande todavía ... No sé lo que ha sido el Centenario..

MARGARITA (*Se da vuelta para que LEONOR la vea*):— ¿Me queda bien, no es cierto? (*No espera respuesta*). Sí, algunas fiestas han sido simpáticas: el baile de fantasía del Teatro Municipal, el garden party del Cerro Santa Lucía, la ¡matinée del Duque de Arcos. Por lo demás, te diré que cuando una está de novia, no puede disfrutar de las fiestas. Samuel no se me despinta del lado ni un instante.

LEONOR:— Confíesame, Margarita, ¿quieres mucho a Samuel?

MARGARITA:— ¿Qué pregunta más rara! Sí, supongo que sí.

Todas las novias quieren a sus novios, ¿no es cierto? (*Se coloca el otro sombrero*).

LEONOR (*Romántica*):— Porque Samuel te adora. Cada día te mira más embelesado, como si te viera por primera vez.

MARGARITA:— Este Samuelito es tan loco... Tú ves, cómo no ha dejado pasar un día sin traerme un regalo. Primero fueron flores, después porcelanas, y ahora joyas. ¿Sabes lo que me trajo ayer? (*LEONOR hace un gesto que no*). Un guardapelo de esmalte con mis iniciales de esmeralda. Yo lo encontré excesivo y lo reté. Le dije que encontraba de dudoso gusto el exhibir así su dinero.

LEONOR:— ¡Qué maravilla ser amada así, ser buscada....!

¿Sabes. Margarita? (*Con gran secreto*). Creo que estoy... empezando. . . a enamorarme

MARGARITA (*Sin interés*):— ¡Qué buena noticia! Así te preocuparás un poco más de tus vestidos.

LEONOR (*Ruborizada*):— No sé... no estoy segura todavía..., pero me siento temblar, a veces...

MARGARITA (*Se ha sacado el sombrero*):— Bien, voy a guardar estos sombreros. Tengo que ir a probarme la esclavina de armiño y el manguito.

LEONOR (*Con timidez*):— ¿Te Cuento..,?

MARGARITA (*Dirigiéndose a la puerta*):— Perdóname, Leonorcíta, pero tengo que probarme esa esclavina y cambiarme de traje antes de que llegue Samuel. Maliana me cuentas. (*Sale. LEONOR, sin sentirse herida, queda soñando. Por la Puerta chica entra ROSA, con plumeros y escobas. Viene rezongando*).

ESCENA II

ROSA:— ¡Jesús, er día que mi ha tocao! ¡Ya no doy más! ¿Quién me mandaría quearme en Santiago e sirviente?

LEONOR (*Afectuosa*):— Quién habla de ser sino el cariño que nos tienes.

ROSA:— Pensar que vine pa juntar un poc'ue plata pa' ayudar a mi taita; ya llevo cuatro años, no he juntao ni cobre, y aquí stoy chantá.

LEONOR:— En cambio, nos has visto crecer, nos quieres, y nosotros te queremos. ¿Qué haríamos en esta casa sin ti?

ROSA (*Fastidiada*):— ¡Y pa' cormo me toca er Centenario, que's año en que too sale mal!

LEONOR (*Soñadora*):— También acurren, cosas buenas...

ROSA:— Lo que's pa mí, ha sio harto pesao. Hey tenio qu' echar los bofes, cosiéndole a la Margarita pa' los bailes. ¡Y ahora pa' terminar el año y dejarme sin purmones, se li ocurre casarse!

LEONOR:— Ya pasará el matrimonio y descansarás.

RosA:— Toy decidía. Apenas se case la Margarita me quieru ir p'al campo. ¡Menos mal que Custodio no se ha casao!

LEONOR:— ¿Cómo lo sabes?

RosA:— Misia Manuela me cantó. ¿No ve que Custodio tá traajando con el hermano d'ella en el fundo cerqu'e Temuco...? Y parece qu'el caballero lo quiere mucho. ¡Era que no! ¿Tan güenazo qu'es Custodio!

LEONOR (*Descubre unos libros en el suelo y los recoge*):— ¡Los

libros de Javier! ¿Quieres llevárselos, Rosita? Los estuve buscando en la mañana.

ROSA (*Cambia bruscamente*):— Oiga Lionorcita, ¿por qué no se los lleva usted mejor (*Pausa*). Conmigo tá medio enojao Javierito.

LEONOR:— ¿Enojao? ¡Qué raro, cuando Javier no se enoja nunca!

RosA:— Desde que gorvió el Seminario tá medio raro. ¡Ojalá si hubiera quedao allá!

LEONOR:— No podía quedarse, Rosa. Por su debilidad al pulmón, tendrá que descansar varios años, reponerse... ¡Pobre Javier!

ROSA:— Por eso será que pasa enfurruñao ahí en su pieza. Toas los días va a misa e sei, y apenas come.

LEONOR (*Cambio de tono*):— Vas a tener que arreglar un poco el salón amarillo, Rosa. Vienen los primos Echeverría en la tarde.

RosA:— El salón amarillo no puee ser. Macario lu está empapelando.

LEONOR:— Entonces vamos a tener que recibirlas aquí, porque el salón verde está sin cortinas.

RosA:— Jesús, por culpa del matrimonio ya nu hay ond' estar en esta casa. ¡Que cambian las cortinas, los papeles, las muebles! ¡Y too me toca a mí!

LEONOR:— ¿Sabes. quién viene can los primas, Rosa? Arturo Valdés... (*Sa borea el nombre. ROSA lo nata*).

ROSA:— ¿Con que ése es el caballera que la tiene a usted desvelá taitas las noches?

LEONOR (*Ruborizada*):— ¡Cuidada, que pueden oírte! Mira que es secreto... (*Sueña*) Sí, Rosita, algo me pasa. ¡Y pensar que en la fiesta de las Correas, me rogó que bailara con él y yo no quise! ¡Y me moría de ganas!

RosA:— ¿Tá enferma' el chape, entonces?

LEONOR:— No, Rosa, tuve miedo que me notara la cojera.

ROSA:— ¡Qué tant' historia con la cojera, si apenas se le nata!

LEONOR:— Es que cuando me pongo nerviosa, cojeo mucho más. Lo malo es que él se sintió, porque creyó que me era desagradable. Por eso no he dormido estas noches, pensando cómo deshacer el malentendido.

ROSA:— ¡Bah! Con mandarle ecir que la veng'a ver, si acabó l' historia.

LEONOR:— Le duje a la Cristina que hablara con él y lo trajera

esta tarde. Pero no me ha avisado, y no sé si vendrá. (Idea). Por si acaso, voy a cambiarme de vestido.

(Sale. Se oye la voz de MISIA MANUELA que llama: “¡Rosa, Rosa!”).

ESCENA III

ROSA:— Aquí estoy, misia Manuela.

Voz de MISIA MANUELA (*Acercándose*).. ¿No te mandé a ordenar la pieza de los baúles?

ROSA:— Si estuve en eso, misia Manuela, pero la Lionorcita me dijo que arreglara aquí, porque van a venir visitas.

MISIA MANUELA:— Te traigo una novedad: carta para ti. (Le pasa una carta).

ROSA:— ¿Pa' mí? ¿Quién me va a escribir a mi? (*Da vuelta la carta entre las manos, sin atreverse a abrirla*). Yo no sé ná leer, misia Manuela

MISIA MANUELA: ¿Quieres que te la lea yo?

ROSA:— ¿De onde vendrá?

MISIA MANUELA (*Mirando el timbre*):— Parece que... de Temuco.

Rosa:— De Temuco. ¡Jesús, Maria y José, léamela misia Manuelita, que a lo mejor..

MISIA MANUELA:— Bien. (*Se sienta y rompe el sobre. Empieza a leer con dificultad, como si la letra fuera difícil de descifrar*). “Fundo Manantiales, Pilquén. Señorita Rosenda del Carmen González Tapia

ROSA:— ¿Quién la escribe, misia Manuelita? Mire abajo el nombre. (Está que revienta de nervios).

MISIA MANUELA: — “Angel Custodio Palominos’.

ROSA:— ¡Custodio! ¡Es de Custodio! ¡Custodio me escribe! MISIA MANUELA (*Nota que Rosa está sentada, pero no la reprende*):— A ver, niña, estáte tranquila, para poder leerte la carta.

ROSA (*Se para bruscamente, retorciéndose las manos*):— ¿Ya, misia Manuelita, échele no más!

MISIA MANUELA (*Leyendo*):— “Rosita muy recordá: Yo me creo que usted ni se acuerda de mi, pero losotros los acordamos mucho. La Juana Gárate me dijo el año pasado que la había visto a usted en Santiago, muy endomingá y alentá.. Y me dijo que no se había casao ná y me dio la dirección.. El patrón va a ir a Santiago este otro mes y quiere que vaya con él. Así que quiero verla, Rosita”.

ROSA (Suspirando):— ¡Ay, Custodio!

MISIA MANUELA (Leyendo):— No vaya a creer ná que estoy tan pobre. Tengo dos cuadras de tierra, una vaca y tres chanchos. Al perro le puse Martin por su perra Martina.

ROSA (Haciendo pucheros): ¡Se acuerda de la Martina!

MISIA MANUELA (Leyendo):— “Así que no me vaya a hacer la desconocía, pues Rosita... Que siga tan alentá, Angel Custodio Palominos”.

ROSA:— ¿Se ‘a cuenta, misia Manuela? ¡Custodio viene yerme! Viene a buscarme!

MISIA MANUELA:— Parece hombre correcto y tiene bastante buena letra.

ROSA:— Es mucha cosa que Custodio me haya escrito. No vé que no sabe ná escribir...

MISIA MANUELA (Decepcionada): Así es que le. escribieron la carta

ROSA:— ¡Más mérito tuavía, pus misiá Manuela!

MISIA MANUELA:— Por mi hermano Alberto, sé que es hombre trabajador y de toda confianza. 1-lace poco, Alberto me decía que hasta había pensado ascenderlo a ayudante de mayordomo...

ROSA:— ¿No ve, misiá Manuela? ¡Se acabó! ¡Me caso y me guervo p’al campo! Pa eso tiene la vaca y tres chanchos. (Con place r). Con lo que me gusta a mí la crianz’e chanchos.

MISIA MANUELA:— No, Rosa, no; yo no te suelto. Ya estamos acostumbradas contigo. Te tienes que quedar aquí.

ROSA (Los ojos como platos):— Pero Custodio viene a yerme. Viene a buscarme estiotro mes..

MISIA MANUELA (Se le ocurre una idea):— ¿Qué tal presencia tiene?

ROSA (Ruborizada): Muy güena, misia Manuela. Grande, y colorado, igualito al San Cristóbal de la parroquia, ése que se ¡aya los pies en ¡‘agua.

MISIA MANUELA:— Entonces, ¿qué te parecería casarte con él y dejarlo de mozo aquí en la casa? (ROSA dice “no” con la cabeza). Con muy buen sueldo. (ROSA empieza a dudar). Les daría la pieza del fondo. ¡a que da al huerto, para que estén más independientes.

ROSA:— Me gusta esa pieza; me gusta, patrona.

MISIA MANUELA:— Y cuando las niñas den comidas de mantel largo, ¡e ponemos a Custodio el frac, y sirve a la mesa.

ROSA (Feliz): ¡Harto bien que se vería con el frá!

MISIA MANUELA (Se levanta).— Decidido. Te casas y se quedan en la pieza del huerto. (Va a salir, y desde la puerta, con malicia). Y yo seré la madrina de la primera guagua .

(Sale. ROSA, feliz, se pone a bailar, cantando: “Ay, Rosa, vení al jardín. Ay, Rosa, ven que te espero”. Se asoma sigilosamente a la puerta chica LIDUVINA con unas fundas de almohada en la mano).

ESCENA IV

LIDUVINA (Con voz soplada):— Rosa, quiero. hablar con vos.

ROSA (Acercándose a la puerta chica):— ¿Qué le pasa, tía?

LIDUVINA (Entrando):— Estaba aguaitando que se jucra la señora. Tengo que hablar con vos. (Tono solemne y enojado. Toda la escena tiene lugar cerca de la puerta chica, mirando continuamente hacia la puerta del corredor).

ROSA:— Diga no más, tía; mire que estoy re contenta.

LIDUVINA:— ¡Chiquilla, sin Sesó! Alguien de esta casa me contó una cosa tuya.

ROSA (Capta de inmediato que se trata (le un chisme grave):— ¿Una cosa mía?

LIDUVINA:— Si; me dijo que andabai poniéndole ojos a don Javierito, y eso yo no lo aguanto.

ROSA:— ¡Esa ha sio la Chana! ¡Vieja chismosa y mardaosa, no más!

LIDUVINA:— No importa quién me lo dijo. Pero yo soy tu tía y yo te traje a esta casa. Así que cualquiera mardá que hagai, cae encim’e mi. ¿Qué habís hecho?

ROSA:— Ná’, tía, no hei hecho ná. (Ojos bajos).

LIDUVINA:- A ver, desembucha, luego, que conozco cuando escondís algo. Y pobre (le ti si liabís hecho la grande, porque te muelo a palos.

ROSA:— ¡No, tía, por Dios! ¡La grande no ‘la ‘hei ‘hecho!

LIDUVINA:— Ya, (desembucha luego, mira que es mejor que me lo contís vos, a que Jo sepa por otro lao....

ROSA:— ¡Esa Chana, sinvergüienza! ¡Ella era entonces la que 105 estaba aguaitando!

LIDUVINÁ:— ¿Los? (Silencio de ROSA). ¿A vos, con quién? Cu chicheando). ¿Con on Javierito? q

ROSA (Baja los ojos y cuchichea):— Si, tía. Le voy a contar too. (Pausa). Jue antenoche. Yo había salido al huerto a pasiarne, y on Javier andaba rezando el rosario entremedio’e los naranjos.

LIDUVINA (Enojada):— ¿Y quién te manda a vos salir a pasiarne de noche, cuando sabís que on Javierito anda rezando?

ROSA:— Si no salí ná a pasiarne, tía. (Disculpa mentirosa) Salí a re coger toronjil con luna pa’ lavarme la cabeza

LIDUVINA (Dudosa):— Toronjil con luna ... Güeno, ¿y?

ROSA (Ojos bajos):— Cuando ‘staba recogiendo el toronjil, se me acercó on Javier con la mira rara, como afiebrao. Me dio susto, los ojos que ponía. (Pausa). Entonces empezó a retarme. a decirme que no lo dejaba rezar, que yo era una china del diablo. Y más hablaba, más se acaloraba. Yo. bien asustá, quise arrancarme. Entonces él se me jue encima a abrazarme, y seguía retándome.

LIDUVINA:— ¿Y qué hiciste vos?

ROSA (Tartamudeando) :— Le di un güen rempujón y salí arrancando hasta que llegué a la cocina. Ahí vine a fijarme qu’el rosario d’él se me había quedado enredao en el delantal. Lo guardé, y lo tengo escondió debajo’er corchón. (Pausa). Esu es too, tía. (Se o-yen voces alegres. Por el corredor se ve pasar a LEONOR corriendo, con su vestido blanco).

LIDUVINA:— Cuidado, llegó gente. Vamos pa’ la pieza e costura.

(Arrastra a ROSA hacia la puerta chica). ¿Tai bien segura qu’eso jue too?

ROSA:— Eso jue too, títa. (Salen)

ESCENA V

Las voces alegres se acercan y entran CRISTINA y ALFONSO ECHEVERRIA, ARTURO VALDES y LEONOR.

LEONOR (Llamado):— ¡Rosa! ¡Anda a decirle a la Margarita que llegaron los Echeverría!

CRISTINA:— Si quieres, voy yo misma a buscarla. Me muero de ganas de ver esos vestidos de París que le iban a llegar ayer.

(Sale. LEONOR mira a ARTURO y le son ríe).

LEONOR:— ¿Quiere sentarse, Arturo? (Ella se sienta y su mirada lo invita a su lado. El mira a ALFONSO y tímido’?, se sienta a cierta distancia).

ARTURO:— Gracias, Leonor. (Sonrisas. ALFONSO siente que molesta).

ALFONSO:— Ahora que me acuerdo, la Margarita quedó de prestarme una novela. (explicativo). “El Rosario”, de Florencia Barclay. la última novedad de Inglaterra. Voy a pedírsela. (A Arturo). Te dejo en buenas manos. (Sale).

ESCENA VI

Larga pausa en que LEONOR y ARTURO se miran a hurtadillas

ARTURO (Probando terreno):— ¿Cómo lo pasó en la fiesta de las Correa?

LEONOR:— Muy bien, Arturo. ¿Y usted?

ARTURO:— ¿Bailó mucho?

LEONOR (Le nota el sentimiento):— ¿Está sentido conmigo porque no baile con usted? (ARTURO hace un gesto que no). No bailé con nadie, esa noche

ARTURO (Desconfiado):— ¿Con nadie? ¿Por qué?

LEONOR:— Me había torcido un pie esa misma mañana y me dolía mucho. Quise explicárselo, pero usted no me dio tiempo.

ARTURO:— ¿Es cierto?

LEONOR (Con el alma):— Me hubiera encantado bailar. -. con usted, Arturo.

ARTURO (Sonríe, contento, abandona su sillón y viene a sentarse al lado de ella):— Le creo, Leonor. Hay algo en su voz que me hace creerle. Cierta tono de sinceridad

LEONOR (Dichosa, baja los ojos):— Yo... siempre soy sincera

ARTURO:— Me dolió que no quisiera bailar conmigo, precisamente porque me pareció descubrirla esa noche

LEONOR:— ¿Descubrirme?

ARTURO:— Yo creía conocerla. Pero esa noche estaba distinta. Fue una revelación. (Fa usa). Me pareció bella y frágil . . como

LEONOR (Anhelante):—... ¿Cómo...?

ARTURO:— ... Como una flor... Algo melancólico ... Una flor de la luna

ESCENA VII

Ha entrado bruscamente MARGARITA, seguida de SAMUEL, CRISTINA, ALFONSO y PANCHO. MARGARITA se ve bellísima con un vestido de gasa rosada. Ha oído la última frase.

MARGARITA:— Pero Arturo, ¡qué siútico se ha puesto' (riéndose encantadora avanza y lo Levanta del sillón, mientras LEONOR enrojece). Habarle a la Leonor de la luna a las seis de la tarde, me parece de muy mal gusto. (La atmósfera de ternura se ha deshecho. Rostro dolorido de LEONOR. SAMUEL, que trae un paquete. interviene).

SAMUEL:— Margarita, le tengo un regalo. Algo que le va a gustar.

MARGARITA (Abriéndolo sobre una mesa):— Samuelito querido, usted es el novio más encantador que se ha visto en Chile. (A Cristina). Cada día me trae UN regalo... (Al ver el contenido del paquete). ¡Estupendo! ¡Este es el mejor de todos! (Saca varios discos). La música de moda en París. (Lee). “Boston du Printemps”, Mon amour danse le Boston”. Según las Valdés, que vienen llegando de Paris, la gente bien de allá sólo baila Boston. Mil gracias, Samuelito.

CRISTINA (Cómica):— Pobre de mi, que a duras penas puedo bailar vals.

MARGARITA:— Pero Cristina querida, en Paris sólo los viejos bailan vals. (Decidida). Y yo quiero ser la primera en “lanzar” el Boston en Santiago! Pancho, ¿quieres poner este disco en el fonógrafo, por favor?

PANCHO:— ¡Cómo no! (Da cuerda al fonógrafo y pone el disco).

ALFONSO:— Al menos, tendrás la caridad de iniciarnos en los misterios del Boston. Así, alguien podrá bailarlo en tu matrimonio.

MARGARITA (La idea le gusta):— Pero encantada, Alfonso. ¿Qué ¡es parece si estrenamos los discos con una clase de Boston?

SAMUEL (Tímido):— Pero, Margarita, no le conviene tanta agitación.

MISIA MUNUELA dijo que a este paso iba a llegar agotada al matrimonio. ¿Por qué no nos sentamos a conversar?

MARGARITA (Cierta tono sardónico): ¿Sentarnos a conversar?

¡Otra vez? Pero Samuelito querido, yo soy joven, y no me canso bailando.

(Al ver que SAMUEL esquiva la cara con disgusto). Por lo demás, Samuel, a usted le encanta verme bailar. Me lo ha dicho muchas veces... Bien, si todos están de acuerdo, empieza la lección. (Se dirige a ALFONSO, lo toma de los brazos y empieza a bailar. ALFONSO la sigue con torpeza). El ritmo es éste: Un, dos, tres — un, dos, tres — un, dos, tres. Ahora viene la vuelta, que el clou”. (Va a dar la vuelta y se tropieza con una mesa). ¡Jesús! Con tanto armatoste no se puede bailar aquí! (Se detiene). ¡Vamos al salón verde!

PANCHO:— No se puede. Macario está colocando cortinas nuevas.

MARGARITA:— Le diremos que descanse un rato. ¿Puedes llevar el fonógrafo, Pancho? (PANCHO dice que si y sale. ALFONSO toma los discos). Tú bailarás conmigo, Alfonso; y usted Arturo, con la Cristina. ¡Vamos!

(LEONOR se levanta con viveza a colocarse junto a ARTURO.

MARGARITA lo nota).

MARGARITA:— Tú, Leonor, con Samuel harán de jueces. Verán quién se equívoca.

LEONOR (Sonriendo a Arturo):— Yo sé bailar Boston, Margarita.

MARGARITA (Hace una terrible pausa de asombro):— ¿Tú? (Con tacto artificial). Pero, Leonorcita, sabes muy bien, que no te conviene bailar. Te puede hacer mal para tu cojera.... (Pausa. MARGARITA toma del brazo a ARTURO). ¡Vamos, Arturo! (Salen. ARTURO

vuelve la cabeza para mirar a LEONOR, pero tiene que seguir a MARGARITA. Salen todos).

ESCENA VIII

Desde la puerta chica, ROSA ha visto la escena con su bandeja con copas en la mano. La deja sobre la mesa y corre a consolar a LEONOR

ROSA:— Lionorcita, m'hijita ... güen dar con la lesera. .. (Le hace cariño). Esta Margarita que too se le hace poco... ¿qué le jue a decir a mi nula ..

LEONOR (Llorando):— Coja... soy coja... Soy fea y coja ... ROSA:— Esa Margarita ... Tiene novio rico, tiene regalos, tiene too, y viene a embarrarle el pastel a mi Lionorcita... (ROSA lleva a LEONOR al sofá y se sientan.

Las edades parecen cambiar: es una niña llorando en brazos de su madre).

LEONOR:— Coja . . . fea y coja ...

ROSA:— Mire, m'hijita... eso de que tenga una piernecita un poco más ladiá que la otra no implica ná.

LEONOR:— Claro que implica. Nada me resulta, porque soy fea y coja. . Hay algo, Rosa, hay algo...

ROSA (Animosa):— ¡Qué v'aber algo! ¡Usted tan simpática como la Margarita, o más! ¡Va a ver como too se arregla!

LEONOR:— A la Margarita todo le sale bien. En cambio a mi...

ROSA:— Yo tenía una amiga, Lionorcita, que tenía la caera salía. La pobre sufría y suspiraba. Y la tortilla se dio güerta, y se casó y fue feliz.

LEONOR:— ¡No es cieno, no es cierto! ¡Las feas y las cojas son desgraciadas!

ROSA (Animosa):— Qigame, Lionorcita, pa' qul aprenda. Yo le voy a contar la historia de mi amiga, que se llama Josefa Caldera y vivía en Valparaíso. Pa' que vea usted que con mafia, se disimula cualquier cosita.

LEONOR (Débilmente):— No se disimula nada. ¡Yo voy a ser desgraciada...!

ROSA:— Fijese que como la Josefa tenía una caérra salía de un lao, cuando andaba, se le notaba. Pa' colmo, la pobre se enamoró del teniente Orellana, que era un marino muy estimado de las güenasmozas del puerto. La pobre Josefa le ponía ojos, y too era inútil. (Pausa). ¿Mi oye, m'hijita?

LEONOR (Desganada):— ¿Y era fea la Josefa?

RosA:— Ni fea ni güenamoza; muy flaca, unos ojos grandazos. (Breve pausa). En esto la Josefa supo que al teniente no le gustaban ná las flacas y que andaba etrás e las hermanas Valdebenito, conocías por lo pechugonas. ¿Usté cree que la Josefa se acoquinó? Ná d'eso, m'hijita. Era una mujer atrevía y quiso peliarla. (LEONOR se yergue interesada). Apenas partió el teniente pá' Antofagasta, la Josefa se puso a comer: harto pan con mantequilla al desayuno; urpo con leche a las diez, porotos y puchero toos los días al almuerzo; y en la noche, aunque no tuviera ganas, una sop'e cordero capaz de resucitar a un muerto.

LEONOR (Distraída):— ¿Y para qué comía tanto?

ROSA (Molesta porque no la ha escuchado):— Pá echar carnes, pus Lionorcita, no ve qui a él le gustaba la pechuga levantá... Así, al poco tiempo, la Josefa engordó qu'era un gusto. Y cuando llegó el teniente Orellana, la Josefa tenía el escote más lleno que las dos Valdebenito juntas. (LEONOR se anima).

LEONOR:— ¿Y se casaron?

ROSA:— Claro que se casaron, y ligerito. Cuando él la vio bien apertrechá, no aguantó mucho tiempo y la cosa s'hizo. (Breve pausa). Claro que al pobre no li habrá gustao ná cuando le encontró la caera salía. (Plancha. RosA reacciona con rapidez) Aunque mucho no le debe di aber importao, porque a los nueve meses justos le nació un chiquillo. (LEONOR se levanta).

LEONOR:— Voy a ir al salón verde.

ROSA (Contenta):— Así me gusta, m'hijita. ¡Dios me la guarde!

LEONOR: — ¿Se me nota la cojera, Rosa?

RosA:— No se le nota lo qu'es ná, Lionorcita.

LEONOR (Va al espejo y se limpia los ojos con un pañuelo). Arturo me encontró buena moza. Me dijo... que parecía .. una flor. . . (Mirada final al espejo). Buena moza. -ROSA:— Pero si siempre ha sido güenamoza, mi Lionorcita... LEONOR:— Gracias, Rosa. Gracias por todo. (Camina hacia la

puerta). Arturo... (Sale con un esfuerzo de dignidad. ROSA SC da vuelta. Su mirada tropieza con la Virgen del Carmen. Se acerca y ella dice con malicia).

ROSA:— ¡Ay, Virgencit'el Carmen, perdóname l'histor'inventá. ! ¡Pero tenía que consolar a la Lionorcita ..

ESCENA IX

ROSA va a salir, cuando pasa la MAMÁ CHANA por el corredor. ROSA, como niña chica, le grata soplado y después se esconde detrás de un sillón

ROSA:— ¡Vieja chismosa! (La CHANA se asoma por la ventana. Adivina quién le cuchicheó y responde con furia).

CHANA:— ¡Vay a ver, no más, quiltra metí'a señorita! ¡Vay a ver lo que's güeno!

ROSA (Saca la cabeza de su escondite):— ¿Y qué calunia me vay a inventar, corazón de culeura?

CHANA (Furiosa):— No hay necesidad d'inventar ná, china bocona. Pa' eso toos se dan cuenta como li andai buscando gato a on Javier.

ROSA (De la broma pasa a la furia):— ¡Cómo ti atrevís, vieja mardaosa! ¡Pura envidia, porque a vos nadie te quiere y soi una mama vieja!

CHANA:— ¡Y a vos toos te quieren, porque andai detrás d'ellos como perra!

ROSA (Echa chispas. Se acerca a la GHANA como para pegarle):— Porque soy joven y me miran, por eso me tenis envidia. ¡Mama vieja! ¡Cuidando niños ajenos toa la vía, sin que nadie te quiera!

CHANA (Se acerca a ROSA, bajando la cabeza. Parecen dos gallinas que van a Picotearse):— ¡Qué hablai vos de mama vieja, cuando va; a ser la mama e los niños de la Margarita y te van a ecir mama Rosa... y vai a cuidar lo ajeno toa la vía!

ROSA:— Yo, no. Nunca voy a ser como vos. Yo tengo a Custodio, que me está esperando y se va a casar conmigo.

GHANA (Se ríe como bruja):— ¡Quién se va casar con vos! ¡Arras. trá! ¡Si hasta al sacristán del'iglesia sabe que andai detrás e los hombres!

ROSA (Se le va encima a tirarle el pelo):— ¡Envidiosa! ¡Hocicon! (Se enredan en pelea. La CHANA grita: “¡Arrastrá, me mordiste!”). Mientras ROSA le tira el pelo, la otra le da patadas. Después de un momento de gritería, se oye la voz enérgica de MISIA MANUELA).

ESCENA X

VOZ DE MISIA MANUELA:— ¿Qué pasa? ¿Quién grita así en mi casa?
(Las empleadas se desenredan en el momento en que aparece misia
Manuela).

MISIA MANUELA (Colérica) :— ¿Qué significa esto? ¿Cómo se atreven,
en mi casa? (Las dos sirvientas resuellan fuerte y bajan ¿os ojos sin
atreverse a contestar). ¡Contéstenme! ¿Quién empezó la pelea? (Silencio).
¡A ver tú, Ghana, que eres la más antigua!

CHANA (Aduladora) :— La Rosa se insolentó conmigo, misiá Manuela...

ROSA (Enojada) :— ¡Porque ella me calunió!

MISIA MANUELA:— ¡Silencio, Rosa! La Chana me está explica ndo.

CHANA:— Yo le eché en cara .. que no es seria con los hombres

MISIA MANUELA (Conciliadora) :— Tanto que te he pedido, Chana, que
no te metas en los asuntos de los demás . -. A mí me toca vigilar esas cosas.

CHANA (Cazurra, con maldad) :— Es que a mí me importa mucho la
honra de su familia, misiá Manuela... (MISIA MANUELA entiende. y
pregunta con suavidad)

MEMA MANUELA:— ¿Y qué tiene que ver la Rosa con la honra de mi
familia?

CHANA (Breve pausa) :— Es que la Rosa se fija en quien no debe, misiá
Manuelita...

MEMA MANUELA (Mira a RosA) :— ¿Qué ha hecho la Rosa?

CHANA (Saca del seno el rosario de Javier y se lo muestra, hipócrita) :—
La Rosa tenía esto debajo del colchón.

MISIA MANUELA:— ¡El rosario de Javier! (Lo toma y se lo acerca a
Rosa) . ¿Es cierto que este rosario estaba debajo de tu colchón?

ROSA (Con un suspiro) :— Sí, misiá Manuela.

MISIA MANUELA (Dándole a RosA una escapatoria) :— ¿Se lo
robaste a Javier?

ROSA:— No, misiá Manuela.

MISIA MANUELA:— ¿De dónde lo sacaste, entonces? ROSA (Tragando
saliva) :— Se le cayó cuando se estaba paseando en el huerto.

GHANA (Violenta) :— ¡Mentira! ¡Yo vi salir a ésta detrás de on Javierito,
hasta que lo ladió y lo abrazó!

ROSA (Reacciona hacia la furia) :— ¡Mentira! Vieja caluniosa! (Se pone a llorar a lágrima viva, lágrimas que equivalen a una confesión).

MISIA MANUELA:-- No sacas nada con ponerte a llorar ahora. Dime si abrazaste a Javier. (Silencio de ROSA) . ¡Por la Virgen del Carmen, dime si abrazaste a Javier!

ROSA:— Misiá Manuelita, le juro que no lo abracé. (Pausa).

MISIA MANUELA:— ¿Qué pasó, entonces? (Grave). ¡Cuidado, Rosa, con calumniar a mi hijo, mira que hay cosas que una madre no perdona! ¡Javier es un santo!

ROSA (Retorciéndose los manos) :— Claro qu'es un santo, misiá Manuelita, claro qu'es un santo. Pero.

MISIA MANUELA:— ¿Pero qué?

ROSA:— ¿Por qué no le pregunta a él, misiá Manuelita? El es un santo y le va a decir la pura verdá. A él me remito.

MISIA MANUELA (Parece dudar, pero se decide) :— ¡Chana, anda a buscar a Javier!

CHANA (Hipócrita) :— Yo creo qu'está ocupao rezando en su pieza

MISIA MANUELA (Cortante) :— ¡Que venga inmediatamente, esté en lo que esté! (La CHANA sale. ROSA jadeo como aliviada. En voz baja, dice)

ROSA:— On Javierito es un santo. A él me remito. (MISIÁ MANUELITA senala la puerta chica).

MISIA MANUELA:— Tú te quedarás ahí y yo te llamaré después. (ROSA (lice que si con la cabeza y sale lentamente. MISIA. MANUELA se pasea agitada. Se sienten los pasos de JAVIER acercándose, y aparece en la puerta, flaco y sombrío. Tiene diecinueve años. La CHANA se Osorno).

ESCENA XI

MISIA MANUELA (A la CHANA) :— Tú, te vas. (La cabeza desaparece) . Siéntate, Javier. (El se sienta, alerta) . ¿Cómo has estado hoy?

JAVIER:— Siempre igual, mamá; a momentos lleno de fuerzas, y a momentos muy débil.

MISIA MANUELA:— ¿Siempre deseas volver al Seminario?

JAVIER:— A Dios ofrezco mis deseos... (casi inaudible) y mis sufrimientos

MISIA MANUELA:— ¿No te gusta vivir con la familia?

JAVIER:— No, mamá. No nací yo para esto. Me molesta el ruido me molesta la gente.

MISIA MANUELA (Tierna) :— ¿Y el cariño que te rodea?

JAVIER:— Prefiero el Seminario, mamá; el silencio.

(MISIA MANUELA se pone de pie y se pasea nerviosa. Pausa. Por fin decide abordar el tema con franqueza).

MISIÁ MANUELA:— ¿No se te ha perdido nada, últimamente?

JAVIER:— No, mamá

MISIA MANUELA (Saco el rosario y se lo muestra) :— Una sirvienta encontró esto...

JAVIER:— ¡Ah, de veras! Se me había a perdido ...

MISIA MANUELA (Se sienta frente a su hijo) Javier, te contradices. quíero hablarte con franqueza; lo encontraron en la pieza de la Rosa.

JAVIER (Tiembla y se domina) :— ¡Ah! Se me habrá caído en el huerto y ella lo ha recogido...

MISIA MANUELA:— Javierito, hijo mío, sé sincero con tu madre. ¿Te ha molestado la Rosa?

JAVIER:— ¿Molestado? ¿Cómo se le ocurre mamá?

MISIA MANUELA:— ¿Te ha buscado conversación? ¿Te ha hecho preguntas?

JAVIER:— Muy poco, mamá. Casi nunca.

MISIA MANUELA:— Veo que tratas de defenderla. Muy digno de ti. Pero yo necesito saber la verdad. ¿Comprendes? Necesito saber lo que ocurre en mí casa.

JAVIER:— No sé a qué se refiere

MISIA MANUELA:— Te vieron antenoche con la Rosa en el huerto, Javierito. Por favor, dime la verdad. (Silencio. JAVIER baja los ojos). Vieron cómo la Rosa te abrazaba ...

JAVIER:— No, mamá, no es cierto. ¿Cómo se le ocurre!

MISIÁ MANUELA (Cariñosa) :— Dime la verdad, hijito, que yo lo comprendo todo. Conozco la vida y sé que a veces suceden esas cosas. Al fin y al cabo, ya estás en edad de que te interesen las niñas, de que te enamores. No hay nada malo en eso. Te casarás, y todo seguirá en orden.

JAVIER:— ¡No me voy a casar! ¡Quiero ser sacerdote!

MISIÁ MANUELA:— Pero hijito, si su salud no le permite seguir en el Seminario, es mejor pensar en una vida normal. Sólo que en vez de pasearse con la Rosa, debería acompañar a sus hermanas a las fiestas, enamorarse y casarse como Dios manda.

JAVIER (Exaltado) :— ¡No me he paseado con la Rosa! ¡Mentira, puras mentiras!

MISIA MANUELA (Medio abrazándolo, con cariño) :— ¿Qué fue

lo que pasó, hijito? Dígaselo a su mamá, que sólo quiere ayudarlo...

JAVIER:— No sé, mamá. Fue tan terrible, que no me di cuenta. (Asustado de lo que ha dicho, busca retractarse). Es decir, la habré saludado.

MISIA MANUELA (Cariñosa) :— ¿Qué fue tan terrible, que no te diste cuenta? (El esconde la cabeza en el hombro de su madre. Ella le acaricia el pelo). Dime, ¿fue la Rosa? (Pausa). ¿Fue la Rosa, que te siguió al huerto y te dijo cosas? (Lentamente, JAVIER levanta la cabeza).

JAVIER:— No fue culpa mía, mamá. -. Se lo juro, no fue culpa mía...

MISIA MANUELA:— ¿Fue esa mala mujer, hijito?

JAVIER:— No sé qué me pasa con la Rosa, mamá. Cada vez que la veo, se ríe conmigo y parece que esa risa me hace mal. No puedo estudiar tranquilo, no puedo rezar, . . (Dramático) - Es el pecado, mamá; es el diablo, que no me deja tranquilo. No duérmo en la noche, no puedo rezar. ¡Es el diablo, mamá, es el diablo!

MISIA MANUELA (Convencida de la inocencia de su hijo) ¡Y pensar <íue yo traje aquí a esa mujer!

JAVIER:— ¡No es culpa de la Rosa, mamá! ¡Es el diablo!

MISIA MANUELA (Se levantan, y ella encamina tiernamente a JAVIER a la puerta) No se preocupe más, mi hijito. Váyase a descansar. Nunca, nunca más va a tener estas molestias, (Temblando todavía. JAVIER se va, MISIA MANUELA se dirige con energía a la puerta chica y la abre)

ESCENA XII

MISIA MANUELA:— ¡Rosa! (Esta aparece)

ROSA:— Le contó on Javierito?

MISIA MANUELA (Furiosa) :— ¡Claro que me lo contó todo, mala mujer!

ROSA (No entiende) — ¿Mala yo? . . No pué ser

MISIA MANUELA:— ¡Y pensar que yo te traje aquí y te confié mis dos hijas!

ROSA:— No pué ser ... él es un santo

MISIA MANUELA:— Por eso mismo, tu falta es más grave: ¡andar tentando a un santo!

ROSA:— Entonces.. (No entiende y abandona toda defensa),

MISIA MANUELA:— ¡No tendré compasión contigo! ¡Te vas de la casa mañana mismo! (Espera que ROSA pida perdón, pero ésta guarda silencio) . ¿No te defiendes? ¿No te importa irte de

esta casa? (Silencio de ROSA). ¿No hemos sido cariñosos contigo durante estos cuatro años? ¿Te ha faltado algo? (Silencio de ROSA, que exaspera a MISIA MANUELA). ¡Es pecado mortal, Rosa! ¡Lo que has hecho, es pecado mortal! ¡Has querido manchar a un santo, a mi hijo! <Silencio>. Veo que nada te importa y no te arrepientes. ¡Le escribiré a mi hermano Alberto para que le cuente a Custodio! (ROSA levanta la cabeza bruscamente. Ojos de desesperación).

ROSA:— ¡Eso no, misia Manuelita, eso no, por favor!

MISIA MANUELA (Burlesca) :— Ah, eso te importa. ¡Por fin, algo te importa!

ROSA:— Eso no, misia Manuela, que no lo sepa Custodio... ¡Me voy de la casa agora mismito, pero que no lo sepa Custodio!

MISIA MANUELA:— ¿Para qué engañes a ese pobre que te cree decente? No, Rosa; le voy a escribir inmediatamente.

ROSA (Se echa de rodillas) :— Por la Virgen del Carmen, misia Manuelita, no le escriba ná. Mire que entonces Custodio no se casa ná conmigo ...

MISIA MANUELA:— ¿Y crees que a Alberto le va a gustar que su empleado de confianza se case con una deshonesto? ¡Tengo el deber de prevenirlo y lo haré! Ahora creo lo que me decía la Chana; que andas por ahí con Macario y que el almacenero te hace regalos. ¡Desvergonzada!

ROSA:— No le escriba ná, misia Manuelita. Me voy ahora mismo, pero no le escriba...

MISIA MANUELA:— Te irás mañana, está decidido. (Enérgica). Ya, levántate y anda a arreglar tus cosas.

(ROSA se levanta llorando: “A Custodio no”. MISIA MANUELA sale por el corredor)

ESCENA XIII

(Pausa. Después, LEONOR entra medio bailando, feliz)

LEONOR:— Lá—la—la, lá—la—la, lá—la—la, lá—la—la, c'est le Boston du Printemps, cest le Boston du Printemps. ¡Rosa, Rosita, tenias razón! (Corre donde ROSA, quien se demora en entender)

ROSA:— ¿Le jue bien, Lionorcita?

LEONOR (Sin notar la voz agotada) :— Maravillosamente, Rosita. Bailé con Arturo, nos reímos y hasta coqueteé con él.

ROSA (Voz lejana) :— ¡Qué güeno, qué güeno!

LEONOR (Nota la voz) ¿Qué te pasa, Rosa? ¿No te alegras? ROSA:— Me alegro mucho, Lionorcita...

LEONOR:— ¡Soy tan feliz, Rosa, tan feliz!...(ROSA se pone a llorar de nuevo. MARGARITA pasa por el corredor y se detiene a mirar lo que ocurre). Pero ¿qué pasa? ¿Te retó la mamá? (Se acerca a ROSA.

MARGARITA entra).

ROSA:— M'echó de la casa.

LEONOR:— ¿Te echó?

MARGARITA:— ¿Por qué? ¿Qué pasó?

ROSA:— Misia Manuela dice que soy mala... que soy sinvergüenza...

MARGARITA:— Pero ¿cuál fue el motivo? ¿Qué hiciste?

ROSA:— Unas calunias de la Chana. Le juro que son mentiras, puras mentiras de esa vieja amargá.

MARGARITA:— Pero no te puedes ir así, de la noche a la ma-nana.

ROSA:— Tengo qu'irme mañana mismo...

MARGARITA:— No. No puedes irte antes de mí matrimonio. Tú me ayudas mejor que nadie. Yo te necesito.

LEONOR:— ¿Qué vamos a hacer?

ROSA:— Misia Manuela tá muy enojá conmigo...

MARGARITA:— Pues, se le tendrá que pasar el enojo. Yo te necesito y te tendrás que quedar. Después del matrimonio, ella sabrá lo que hace.

LEONOR:— Anda a hablar con ella, Margarita. ¡Puede ser que te haga caso!

MARGARITA:— ¡Ya lo creo que me hará caso! (Andando hacia la puerta). Y tú, Rosa, nada de preparar tus bultos. Si mi mamá quiere matrimonio, tú te quedas. (Sale).

ESCENA XIV

LEONOR:— ¿Ves, Rosita, cómo todo se arregla? ¿Cuándo le ha dicho que “no” la mamá a la Margarita? Te quedarás con nosotras, Rosa...

ROSA:— Y después del matrimonio...

LEONOR:— Ya sabes cómo es la mamá; el enojo se le pasa ... ROSA:— Ojalá, Lionorcito, ojalá ...

LEONOR:— De aquí al matrimonio te portas bien, y todo se perdona y todo se olvida

ROSA (Segura de que se va a quedar, empieza en ella la rebelión) :— ¡Pero apuesto que con perdón y too, la carta la va a mandar! ¡Y qué tanto perdón, cuando han sio puras calunias!

LEONOR:— Lo importante es que te quedes con nosotros, Rosa. y este otro año, ayudas a otro matrimonio...

ROSA (Acalorada en crescendo) :— ¡Esu es! Ahora usted piensa en usted no más. ¿Y yo? ¿Quién me degüerve a Custodio? ¿Cuando sepa lo de las calunias, Custodio no me va a perdonar! ¡Lo conozco!

LEONOR (Feliz y egoísta) :— Hay que ser optimista, Rosa. Ya ves yo, tan triste que estaba denantes...

ROSA (Enojada) :— ¡Usted y usted y usted! ¡Y a mi me perdona su mamá, no me perdona Custodio, y yo me friego!

LEONOR:— No seas tan pesimista, Rosita. Mírame lo feliz que estoy. Voy a ir a contárselo a la mamá, para endulzarle un poco el mal rato. (Sale entonando “Le Boston du Printemps”).

ESCENA XV

ROSA (Se pasea, agitada y furiosa) :— Claro que me van a dejar aquí. Claro, ¿qué haría la Margarita si no la ayudo? Claro que me van a perdonar... (Frente al espejo). ¿Y qué es lo que te van a perdonar, tonta zanguanga? Lo que no habis hecho..., de puro tonta..., de puro inocentona ... Chitas que estoy aburría de no hacer ná..., (Se oye ruido en la pieza del lado. ROSA va a la puerta chica y dice enojada). ¿Quién anda ahí, desordenando mis cosas?

VOZ DE MACARIO:— Soy yo, Rosa, que vine a guardar las cortinas viejas.

ROSA (Algo decisivo se gesto en su cerebro) :— Macario ... Oye, Macario, vení p'acá. (En la puerta chica aparece MACARIO: tipo chileno, simpático, velludo).

MACARIO:— Qué novedá es ésta que use llamal, cuando siempre andái haciéndom'el quite.

ROSA:— P'al Dieciocho vos me convíaste a salir al Parque CuSiño. ¿No es cierto?

MACARIO (Picado) :— ¡Claro, pal Dieciocho, p'al Diecinueve y pal Veinte! Pero vos, como soi metía a gente, me ijiste que cómo se me poía ocurrir. Claro que preferíai salir con ¡as señoritas..

‘y con on Javier...

ROSA:— Es que..., ahora...

MACARIO (Algo le dice que ROSA está dispuesta, y se aviva) ¿Qué ha cambiao e parecer, Rosita?

ROSA (Casi con dolor) :— ¡Claro que he cambiao e parecer! ¡Toy aburri'e portarme bien!

MACARIO (¡Qué le han dicho o!) Entonces no me irla que “no” a un paseito al campo, p’al domingo

ROSA (Enérgica) ¡No, al campo, no! ¡Al Parque Cusiño! Y no p’al domingo. ¡Esta tarde, ahora!

MACARIO:— ¡Esu es di hombre, Rosita! ¿Y no le a miedo que no le guste ná a misiá Manuela?

ROSA (Arriba del crescen do) ¡Al diablo con misiá Manuela! ¡Al ¡hablo con esta casa!

MACARIO:— Güeno, ¿qué le voy a pleitiar yo? Salimos esta noche por ci, y lo pasamos lo más bien...

ROSA (Cambio de tono) Oye, Macario, supierai lo que me ijo la Chana. Que yo iba a ser la mama de los niños de la Marg rita... y que m’iban a ecir mama Rosa...

MACARIO (Sin entender) :— ¿Y qué hay con eso?

ROSA:— ¿Y m’iré a poner igual a la Chana? ¿Metete, hablaora mañosa, envidiosa, amargá... ? (MACARIO se encoge de hombros) ¡Eso no me gusta ná, Macario ... ! ¡Mama Rosa, no! (Se aferra MACARIO. Este la aprieta).

MACARIO:— No piense en esas cosas, Rosita. Alégrese, que pa eso nos a’amos a ir a tomar unos traguitos.

ROSA (Intensa) :— ¡Eso es, Macario! ¡Unos tragos! Ya, voy a ir a sacarme el delantal y los vamos al tiro. (Se separan. Rosa se acerca a la puerta del corredor. Pasa por este MARGARITA. Ve a ROSA, y le dice Con alegría).

MARGARITA:— Arreglado tu asunto. ¡Te quedas, y ya te perdo. nará! (Desaparece)

ROSA:— ¡Dale con el perdón! ¡Qué me lo guarde p’mañana!

MACARIO:— ¡Así me gusta, Rosita!

ROSA (Desde la puerta, en gran tono) — ¿Sabís lo que me preguntó esta mañana mi tía Liduvina? Si había hecho “¡a grande”...

MACARIO (Inclinándose en dirección a ella) :— ¿Y, entonces, m’hijita?.

ROSA:— Esta noche, Macario . . . esta noche... ¡La grande!

T E L O N

TERCERA PARTE

El mismo decorado, con ciertos cambios de muebles y decoración. Estamos en 1925, época que se nota en los tapetes de los muebles en las pantallas de las 1dm paras. Sobre el escritorio, un teléfono. En la pared, retrato grande de Javier. En escena, LEONOR. Tiene treinta y un año, pero aparenta más. Ojos intensos, de brillo inestable, rictus amargo en la boca. Parece muy inquieta: se pasea y se retuerce las manos. Por fin, se decide a ir al teléfono. Son las once de la mañana de un día de fines de mayo.

LEONOR:— Aló, señorita, por favor, déme con el treinta setenta. No, no. Setenta, treinta, setenta. Sí eso es. (Pausa). Aló. ¿Hospital San Borja? Por favor ¿puede llamar al doctor Humberto Cabrera? Pausa). ¿Mi nombre? Dígale que es una prima suya, que lo necesita. Gracias. (Pausa larga, en que ella tabletea con los dedos nerviosos sobre el escritorio). AIÓ Humberto. ¡Por fin! Sí, soy yo, la Leonor. (Pausa) Te llamo desde mi casa. (Pausa). No, no te preocupes. Estoy sola; la mamá y la Margarita fueron a misa. (Pausa breve). Si, es que hoy se cumplen catorce años de la muerte de Javier. Yo pretexté una jaqueca para no ir y poder hablar contigo. (Pausa). Mal, Humberto, me siento muy mal. Por eso quería hablarte, porque tengo miedo, mucho miedo. (Pausa) . Sí, hay varios posibles indicios... Ayer en la mañana sentí mucha fatiga al levantarme. Y hoy me desvanecí. (Pausa). ¿Nerviosa? Por supuesto que estoy nerviosa: ¿cómo no voy a estarlo? (Pausa). Ojalá tengas razón y no sean más que nervios. (Pausa). No te enojés, por favor. Te prometo tratar de calmarme. (Pausa). Sí, voy a mandar a la Rosa a la botica a comprar ese calmante:

¿Te veré hoy? (Pausa). ¿Vas a trabajar hasta tarde? ¿Y mañana Pausa. Luego, con voz trágica). ¿Estás seguro que me quieres todavía, Humberto? (Pausa). Por favor.. -, por favor no te enojés. Es que hace (lías que te noto como alejado. . . Como si no quisieras verme, . . (Pausa larga). Está bien. Te juro que me dominaré. Tomaré ese calmante y se me pasará la intranquilidad. Pero por favor trata de que nos veamos mañana. Te necesito tanto..

(Pausa). Adiós, Humberto. (Y en VOZ baja). Adiós. mi amor.

‘Cuelga el auricular y se levanta. Pasa ROSA por el corredor; LEONOR la llama. Rosa tiene treinta y cinco años y ya es la mamá típica. Su hablar no es campesino, sino ha llegado a ese matiz intermedio de la servidumbre de casa aristocrática).

ESCENA II

LEONOR:— ¡Rosita! ¡Rosita! (Su tono dramático llama la atención a ROSA).

ROSA:— ¿Qué le pasa, Leonorcita?

LEONOR:— Quiero hablarte, Rosa. Quiero que me ayudes, porque estoy desesperada.

ROSA (Intuición):— ¿Se le ha portado mal don Humberto? ¿No quiere seguir el pololeo?

LEONOR (Respira fuerte, como para tomar “valor”):— Voy a contártelo todo, Rosa. El pololeo con Humberto... fue más allá del pololeo...

ROSA (Muy seria) :— ¡María Santísima! ¡Leonorcita, lo que jue’hacer!

LEONOR (Apasionada):— Fui débil, o lo quise demasiado, no sé. .. Pero mi vida era tan vacía, me sentía tan sola... Mis amigas se casaron, la Margarita se quedó diez años en Europa...

ROSA:— Pero tenía a su mamá, Leonorcita...

LEONOR:— Mi mamá..., sabes muy bien que desde la muerte de Javier, la mamá se puso difícil. Después, el matrimonio de Pancho terminó de exasperarla. y para una persona así, no hay más irritante que una hija solterona...

ROSA:— Pero usted no es ná solterona, Leonorcita. Apenas anda en los treinta años...

LEONOR:— Voy a cumplir treinta y dos en un mes más... El hecho es que me enamoré de Humberto, como si toda mi vida hubiera estado reuniendo amor para él. Me entregué entera, no me reservé nada.. . y ahora tengo miedo...

ROSA:- ¿Miedo de que don Humberto se le vaya?

LEONOR:— No, Rosa, miedo..., de las consecuencias. He sentido náuseas, he tenido fatigas...

ROSA:— ¡Ese desmayo de ahora en la mañana!

LEONOR:— Si, Rosa. Por eso tengo miedo y no sé qué hacer. Aconséjame, por favor.

ROSA (Apenada):— Hay que ver que me aflije verla así... la bien queso nos pase a las pobres. Pero a usted... (Suspiro. Resignación). Güeno, si hay encargo, no le quea otra que casarse...

LEONOR:— ¿Casarme? ¿Con Humberto?

ROSA:— Claro que si. Se casa con él como Dios manda y con las leyes. Así el encargo nace con papeles y too.

LEONOR:— Pero, ¿qué va a decir la mamá?

ROSA:— No le va a gustar mucho el novio. Pero usted ya'sta crecía, ya. Tiene que hablar con ella y convencerla.

LEONOR:— Lo que más me preocupa es Humberto. Hace días que lo noto frío conmigo. Tengo miedo de que no le guste la idea del matrimonio...

ROSA (Con el fuego de la más orgullosa aristócrata) :— ¡Cómo no le va a gustar casarse con una señorita Solar Echeverría, de lo mejor de Santiago, cuando él no es más que Cabrera! (Plancha. ROSA se disculpa). Sí, pues, Leonorcita, pa qué estamos con cosas. Usté's mucho más qu'él...

LEONOR:— ¿Y por qué, entonces no me busca como antes? ¿Por qué se aparta de mí?

ROSA (Comprende muy bien lo que le pasa a Humberto, pero trata de consolarla):— Es que don Humberto ha de ser orgulloso; y esto de que usted se encuentre con él diciendo que va a la iglesia, no le ha de gustar ná. Ha de creer que lo miran en menos. Apuesto que en cuanto sepa que a misiá Manuela le gusta el casorio, se le pone cariñoso otra vez.

LEONOR:— ¡Ojalá, Rosa, ojalá!

ROSA:— Ya, decidió. Usté le habla a la patrona, y se casan ligerito. (Con malicia). Y yo le cuido después la guagua. (Ha logrado calmar a LEONOR, y hasta darle cierto optimismo).

LEONOR <Sonrisa>:— La guagua... (Suena el timbre de la puerta de calle).

ROSA:— Debe ser misiá Manuela que güerve de misa. Vaya a pasarse un trapo mojado por la cara, Leonorcita. Y no 'sté triste, mire que a su mamá le va a gustar que se case. (Sale con rapidez).

LEONOR, tranquilizada, sale lentamente en dirección opuesta).

ESCENA III

Entran MISIA MANUELA y MARGARITA que vuelven de misa. MISIA MANUELA viste de negro y tiene cincuenta y seis años. Está decepcionada de sus hijos y amargada. MARGARITA viste de color rosa y va peinada a "la garcon", con evidente intención de verse menor que sus treinta y tres años.

MISIA MANUELA:— ¿No encuentras indigno Margarita, que Pancho no haya venido a la misa de su hermano? La mandé decir a las diez, para darle más facilidades.

MARGARITA:— No habrá llegado a Santiago, todavía...

MISIA MANUELA:— Si había quedado de venirse ayer en la tarde. Es ella, esa Teresa Larraín, que trata siempre de alejarlo de mí.

(Pronuncia Larrein.)

MARGARITA (Conciliadora):— En fin, supongo que vendrán a almorzar...

MISIA MANUELA (Se sienta):— Naturalmente, la Teresa no se atrevería a negarme eso. (Se echa para atrás en el sillón y cierra los ojos). ¡Catorce años! ¡Catorce años ya! Pobre Javiercito... (MARGARITA se sienta, respetuosa de los recursos de su madre). ¿Por qué no se habrá enamorado como cualquier joven? Cuando vio que no podía ser sacerdote, debió enamorarse y casarse como cualquiera... No quedarse ahí, triste, haciendo una vida solitaria, sin salida...

MARGARITA:— Es difícil que con sus ideas, él se hubiera podido enamorar. Y si un amor lo hubiera alcanzado contra su voluntad ¿no le habría provocado un crisis terrible?

MISIA MANUELA:— ¿Habrá sido eso, Margarita, esa crisis? Pero yo no supe nada... No fui capaz de adivinar...

MARGARITA:— No lo sabemos, mamá. Nunca lo sabremos (Enciende un cigarrillo, lo coloca en una boquilla de oro y luma).

MISIA MANUELA:— Parece que fue ayer cuando le empezó la melancolía y le dio por no comer. No me imaginé nunca que fuera tan grave, y lo dejé irse solo al fundo. (Pausa). Y después, el accidente, ese incomprensible accidente a caballo. ¿Qué habla en mi hijo que yo no conocía? ¿Qué lo llevó a dejarse morir? (Pausa). Fue inútil todo lo que hice. Rechazaba los remedios, no quería vivir. . . (Pausa).

MARGARITA (Por cambiar tema):— Me alegro de ver a Pancho al almuerzo. Para pedirle noticias de los fundos. Antes me mandaba una cuenta mensual, informándome de las cosechas y las ventas. Ahora último, no sé qué le pasa.

MISIA MANUELA (Le cuesta cambiar de tema):— Ese es un punto que me preocupa. Temo que la administración de los fundos no marche bien. (Suspiro). Tengo que reconocer, que a pesar de todos mis esfuerzos, mi hijo es un mediocre, O tal vez es su mujer, que lo acapara y lo anula. (Pausa). Ya ves, con el pretexto del colegio de los niños, me los instala aquí todo el año, para poder quedarse con él en el campo.

MARGARITA (Impacientándose de tanta reflexión amarga):— Gracias a eso, mamá, tiene aquí a sus nietos, que le alegran la vida.

MISIA MANUELA (Anclada en su amargura):— Primera vez, desde que murió Javierito, que no vamos todos juntos a misa. Y tú fuiste con el vestido menos apropiada que encontraste. Así olvidan los seres humanos. El año próximo no irás tú, y después que yo me muera, olvidarán hasta la fecha del aniversario.

MARGARITA:— Mamá, ya que toda la familia va a estar reunida en el almuerzo, por favor disimule su descontento. Si no, puede resultar un día muy desagradable para todos.

MISIA MANUELA:— ¡Pero si vivo disimulando! Vieras tú cómo tengo que dominarme frente a la cara larga de tu hermana. ¡Qué paciencia necesito para soportar sus modales de mártir! ¡Cómo si yo tuviera la culpa de que se haya quedado solterona...!

ESCENA IV

(Como atraída por esta descripción, aparece LEONOR. Viene muy dominada).

LEONOR (Cariñosa):— ¡Margarita, cuánto me alegro de verte!

(Se abrazan y besan).

MARGARITA:— La mamá me dijo que te sentías mal...

LEONOR:— Una jaqueca muy fuerte. Por eso no fui a misa.

MISIA MANUELA (Cruel):— ¡Podías haber ido! ¡Ya debieras haberte acostumbrado a tus jaquecas de soltera!

LEONOR (Dura):— Como usted no se podía dormir anoche, me tuvo hasta las dos de la mañana haciéndole tizanas y mandándome a la cocina. De ahí viene mi jaqueca. (Fastidiada, MARGARITA se pone de pie).

MARGARITA:— No las comprendo a ustedes, no las comprendo.

MISIA MANUELA:— ¿Qué es lo que no comprendes?

MARGARITA:— Esta vida que hacen, aferrándose a pequeños problemas, discutiendo cosas desagradables de la mañana a la noche.

MISIA MANUELA:— ¿Cosas desagradables?

MARGARITA:— ¡Pero, mamá! Estamos en 1925, y después de la guerra todo ha cambiado. MISIA MANUELA y LEONOR no entienden). La vida de las mujeres, por ejemplo. Se acabó la mujer esclava del hogar, ahogada entre cacerolas y zurcidos. Ahora la mujer trabaja, lucha, puede ser abogada, doctora, lo que quiera.

(LEONOR escucha con avidez).

MISIA MANUELA.:— Desconfío de las mujeres activas que descuidan su hogar. De ti, desde luego.

MARGARITA: — Yo soy una mujer moderna. Abro los ojos y veo lo que sucede a mi alrededor. Veo cómo los obreros quieren ser empleados, y los empleados, patronos. Con las leyes sociales hemos tenido un cambio total del país.

MISIA MANUELA:— ¡No me vengas a hablar ahora de Alessandri y sus locuras!

MARGARITA:— No son locuras, mamá; es un mundo nuevo que empieza.

MISIA MANUELA:— No me interesan los mundos nuevos. Mi casa, mis recuerdos y mis sirvientas son mi mundo.

MARGARITA:— Su casa y sus recuerdos, puede conservarlos. En cuanto a sus sirvientas, tenga cuidado, Ahora se llaman empleadas domésticas, y se habla de varias leyes que las reunirán en gremios. Tendrán médico gratis y pensiones para cuando envejezcan.

MISIA MANUELA:— ¡Qué tontería! Como si mis sirvientas no tuvieran conmigo médico gratis y vida asegurarla para siempre.

(Despectiva). Tus leyes.

MARGARITA:— No pretendo defender las leyes, pero adoro mi época tal como es. Y admiro y envidio a las mujeres que luchan y surgen gracias a su esfuerzo. Por eso me duele ver a mi hermana perder su vida haciendo... tizanas.

LEONOR (Suplicante):— ¿Qué quieres que haga,. Margarita?

MARGARITA:— ¡Vivir! ¡Somos mujeres del siglo veinte y tenemos el deber de ser modernas!

MISIA MANUELA:— Me exasperas con tu palabra “moderno”. ¿Quieres que la Leonor se peine a “la garcon” y fume como tú, o que vaya a los cabaret a bailar música negra, como las locas de tus amigas?

MARGARITA:— No es eso, mamá. Pero la Leonor tiene que atreverse a ser ella misma, tener opiniones y vivir su vida, aunque corra cualquier riesgo.

LEONOR (Ojos brillantes):— ¡Cualquier riesgo!

MISIA MANUELA (Ataca):— Tu ejemplo no es muy de seguir. Parece que corres demasiados riesgos, y abandonas a tu marido:

MARGARITA (No pierde la calma):— Voy a serle franca, mamá. Samuel tiene sesenta años, no hemos tenido hijos, y yo soy joven. ¿Cree usted que mi deber es amarrarme con él a un sillón de enfermo?

MISIA MANUELA:— Bien amarrada a él estuviste los diez años que pasaron en Europa.

MARGARITA (En crecendo):— Ahora, no pienso amarrarme. Tengo mi automóvil, mis amistades intelectuales, voy al biógrafo, leo a Pierre Loti. (Desafiante). ¡Y adoro, adoro a Rodolfo Valentino!

MISIA MANUELA (Con extraña calma):— A propósito de Valentino..., el otro día oí decir que un joven francés salía mucho contigo...

MARGARITA (Comprende, pero no pierde su control):— ¡Ah, usted lo sabe! Sí, Jacques Charpentier es mi mejor amigo. Me

habla de Francia, me presta las novelas de moda. Cuando una ha vivido diez años en París, tiene que consolarse de alguna manera de este destierro en Chile...

MISIA MANUELA (Con excitación):— ¡No te escabullas! ¿Es verdad, si o no, lo que dicen de ti y ese francés?

MARGARITA (Tranquila, en tono mundano):— No, mamá. No es Verdad..., por el momento. (Pausa. La calma de MARGARITA parece derrotar a MISIA MANUELA).

MISIA MANUELA:— No continuaremos con esta conversación. No tiene objeto. Si quieres imponerte de la marcha de los fondos, tengo en mi pieza algunas cuentas que me trajo Pancho la semana pasada (Se pone de pie).

MARGARITA:— Me interesa mucho.

MISIA MANUELA:— Vamos. (LEONOR, excitada por la independencia de su hermana, quiere imitarla).

LEONOR:— ¡Mamá!

MISIA MANUELA (Desde la puerta):— ¿Qué quieres?

LEONOR:— Consultarle algo. (Dándose firmeza). Tiene que ser hoy.

MISIA MANUELA:— ¿Será largo?

LEONOR:— No, muy corto.

MISIA MANUELA:— Anda tú, Margarita, y revisa los papeles mientras tanto. El cartapacio está sobre mi cómoda, al lado de la Virgen del Carmen.

MARGARITA:— Bien, mamá. (Sale. MISIA MANUELA vuelve al centro de la habitación y se sienta. LEONOR, nerviosa, se queda de pie).

ESCENA V

MISIA MANUELA:— ¿De qué se trata?

LEONOR (Imitando a Margarita):— Voy a serle franca, mamá. Tengo un pretendiente.

MISIA MANUELA (Con sinceridad):— ¡Por fin una buena noticia hoy día! Me alegro mucho. ¿Y tú lo quieres?

LEONOR (Contenta): Sí, mucho, mamá.

MISIA MANUELA:— ¡Qué bien! ¿Y a qué se dedica?

LEONOR:— Es médico, mamá, y muy trabajador.

MISIA MANUELA:— Espléndido, Leonor. Supongo que te quiere y que ha de ser muy serio.

LEONOR (Cada vez más contenta):— Sí, mamá; me adora y quiere casarse cuanto antes.

MISIA MANUELA:— Mejor que mejor. Por mi no hay inconveniente. ¿Cómo me dijiste que se llamaba?

LEONOR (Nerviosa):— Humberto Cabrera, mamá.

MISIA MANUELA:— ¿Humberto Carrera? No lo recuerdo Carrera, ¿qué más?

LEONOR (Firme):— No, mamá, no es Carrera. Es Cabrera; Humberto Cabrera.

MISIA MANUELA:— ¿Cabrera? ¿Un Cabrera quiere casarse con una hija mía? ¡Qué atrevimiento!

LEONOR:— ¡Es de la clase media y qué importa! (Imitando a Margarita). ¡Estamos en 1925, mamá, y tenemos que ser modernas!

MISIA MANUELA (Se pone de pie enojada):— ¡1900 ó 1925, un siútico es un siútico' ¡Y yo no permito que una hija mía se case con un siútico!

LEONOR (En crescendo):— Lo quiero; mamá, y soy mayor de edad. ¡Voy a cumplir treinta y (los años)!

MISIA MANUELA:— Claro, y antes que quedarte solterona, prefieres mezclarte con un Cabrera.

LEONOR (Sus fuerzas la abandonan y está al borde de la histeria) :— No me importan ni los apellidos ni las clases, ni nada. No quiero que me pase como con Arturo, que lo dejé irse. No. Es mi última ocasión y no la dejaré pasar. ¡Estoy decidida!

MISIA MANUELA (Ofendida):— ¡Ah, lo has decidido! ¿De manera que me has consultado por simple fórmula?

LEONOR (Histérica):— ¡Si, por simple fórmula!

MISIA MANUELA (Se lleva la mano a'l corazón y finge dominarse con dificultad):— Está bien. A mi hijo Javier se lo llevó Dios. A Pancho, me lo quita Teresa. Margarita es el tema de escándalo de todo Santiago. Sólo me quedabas tú. Y ahora me ofendes, me desafías, me abandonas. (Pausa). Está bien; así es como los hijos matan a sus padres. (Empieza a caminar hacia la puerta).

LEONOR:— Mamá, es que tengo que pensar alguna vez en mí misma. Ya oyó lo que decía la Margarita: sólo vivimos una vez, y tenemos que hacerlo, aunque corramos riesgos

MISIA MANUELA (Con una calma peor que la cólera):— Eso es; aunque corras el riesgo de que tu madre se muera

LEONOR (Corre a abrazarla):— ¡Mamá por Dios, cómo se le ocurre decir eso! ...

MISIA MANUELA (La rechaza con energía):— No me toques, mala hija. Andate con tu doctor, y déjame morir sola. (Sale como una reina. LEONOR cae en un sillón, llorando).

ESCENA VI

Suena el timbre y se ve pasar a ROSA por el corredor hacia la puerta. Se oyen voces de niños, carreras, y los gritos de la MAMA CHANA, igual que en la Primera Parte. LEONOR va a esconderse al lado del escritorio. Llegan a la puerta PANCHITO y MÓNICA, riéndose de la mama. PANCHITO es el mismo actor que interpretó a PANCHO en la Primera Parte y MÓNICA la actriz que hizo MARGARITA. La GHANA tiene sesenta y nueve años y aparenta ochenta. Le cuesta respirar y camina con dificultad.

CHANA (Desde antes de entrar a escena):— ¡Jesús, qué chiquillos éstos! Ya no doy más... ¡Qué sofocón el que me dieron!

PANCHITO:— Aquí no está la tía Nonó.

MÓNICA:— ¡Apuesto que está en la salita!

CHANA (Saca un gran pañuelo y se lo pasa por la cara):— ¡Me van a matar, María Santísima, me van a matar! (Sigue cojeando corredor adentro. PANCHITO y MÓNICA, desde el umbral, buscan con la vista a LEONOR).

MÓNICA (Decepcionada):— ¡Tía Nonó! No está...

PANCHITO (La divisa al lado del escritorio):— ¡Ahí está, escondiéndose! (Corren hacia ella con gran ruido). ¡Tía Nonó!

MÓNICA:— Mírenla, tía Nonó, ¡escondiéndose de nosotros!

PANCHITO:— ¡La tía Nonó, jugando a las escondidas! (Ya están en brazos de LEONOR, gritando y besándola. Ella sonríe débilmente. Desde la puerta, ROSA adivina algo en su sonrisa).

ROSA:— ¡Ya niños, no molesten a la tía! ¡Váyanse a almorzar!

MONICA:— ¿Está enferma, títa?

ROSA:— Claro. ¿No la ven que está enferma de... la úlcera?

MÓNICA:— ¿De veras que está enferma, tía?

ROSA (Enérgica):— Ya, andando a almorzar, que la cazuela debe estar servía. ¡Ya, andando, les digo!

MONICA (Con delicadeza):— ¿Quieres que nos vamos, títa? (LEONOR hace que “no” con la cabeza, después habla).

LEONOR:— Me sentía un poco mal ... pero verlos a ustedes me alivia... (Se sienta y los besa y abraza). ¿Me quieren, me quieren de veras?

PANCHITO y MONICA (Al mismo tiempo): —Mucho, títa. Sí, títa, muchazo.

LEONOR (Mirando a ROSA):— Ellos me quieren; ellos me quieren de veras.

ROSA:— Más mejor que se vayan. Aquí la van a molestar.

LEONOR:— Déjalos, Rosa. Me hacen mucho bien...

ROSA (Sale rezongando igual a la Chana):— Güen dar que
le gusta afligirse.... chiquillos de moledera

LEONOR (MÓNICA se ha sentado a su lado y PANCHITO a sus
pies. Ambos la miran con cariño):— Ustedes me recuerdan cuando
yo era chica...

MONICA:— ¿Y iba al colegio usted con el papá y la tía Margarita? (Javier
casi no existe para ellos).

LEONOR:— Sí; con la Margarita estábamos en el mismo curso,
porque ella había perdido un año.

PANCHITO:— ¿Y quién se sacaba las mejores notas? ¿El papá?

LEONOR.— No; Javier, por supuesto. El era más exigente, le
gustaba la perfección. Era el mejor de todos... (Casi inaudible).

Por eso se murió

MÓNICA:— ¿Y cómo hacían las tareas? ¡Cuénteme, tía Nonó!

LEONOR (Ve frente a ella dos caritas embelesadas y se abandona al
recuerdo, se refugia en la felicidad pasada):— La mama Chana nos iba a
buscar al colegio, igual que a ustedes. Y aunque era veinte años mas joven
que ahora, la hacíamos correr y gritar, a la pobre. Sobre todo Pancho, con
sus travesuras y el afán de tirarle las tientas a la Mafalda, la hija del
almacenero. (Débil sonrisa). Ella nos divisaba desde lejos, pero se hacia la
que no nos veía, y se ponía a ordenar los porotos y las zanahorias al lado de
la vereda. Y de repente, Pancho se soltaba de nosotras, corría y le tiraba las
trenzas. Ella se hacia la que lloraba, mientras la mama Chana la retaba: Eso
re pasa por tonta, chiquilla bachicha. Harto que te gusta que el nulo te tire
el pelo”. (PANCHITO y MÓNICA se ríen a gritos y contagian a
LEONOR).

MONICA:- ¿Y hacían las tareas todos juntos?

LEONOR:— Primero íbamos a tomar onces. Té con leche, pan con
mantequilla y dulce de camote. Los sábados, si las notas habían sido
buenas, nos daban chocolate con leche. Y los domingos, todos los
Domingos, manjar blanco.

PANCHITO: ¡Que rico!

LEONOR: — Después nos veníamos a esta pieza, a hacer las tareas. La
mamá se sentaba allá (señala el escritorio) y se hacía la que sacaba cuentas.
Pero en realidad nos observaba y estaba siempre lista para contestar
nuestras preguntas. Pancho era malazo para las matemáticas y preguntaba:
“¿Mamá, por qué multiplicar por un número quebrado es igual que
dividir?” (Risas de PANCHITO Y MONICA). En cambio Javier, quería
entenderlo todo mejor que el profesor, y confundía a la mamá con
preguntas

difíciles: ‘Mamá, cuando Jesús murió en la cruz ¿por qué no convirtió al ladrón malo, que era el que valla la pena?’ (Abstraída en el recuerdo de Javier, LEONOR guarda silencio. PANCHITO se sacude).

PANCHITO:— ¿Y a usted, tía Nonó, le gustaba hacer tareas?

LEONOR (Se demora en contestar, como sí viniera de lejos):— Sí, me gustaba hacer tareas. (En crescendo). ¡Me gustaba ir al colegio, me gustaba tomar onces, me gustaba todo! ¡Me gustaba vivir! ¡Eramos tan felices, los

ROSA:— Ya niños, ya está servia la cazuela. No se les vaya a enfriar. (Los niños notan que LEONOR está abstraída y se separan de ella en silencio. Lentamente salen, retrocediendo).

LEONOR (En susurro): ¡Tan felices, tan felices!

ESCENA VII

ROSA:— ¿Se le pasó la pena, ya? (LEONOR vuelve en sí).

LEONOR:— Los niños me ayudan tanto... Es que me fue mal con mi mamá, Rosa.

ROSA:— No se le dé ná... Si a su mamá se le olvidan las cosas ligerito... Ya ve conmigo. ¿Cuántas veces me ha echado de la casa? Ya ni llevo la cuenta ... ¿Si acuerda cuando salí con Macario y gorrí tres días después, lo enojá qu’estuvo? Y eso que no sabía entonces que yo estaba con novedá. . . Y a los cinco meses cuando notó que engordaba, también me quiso echar. Pero usted le habló, y se le ablandó el corazón. Y ya ve como hasta le tejió su chalequito al Lucho y quería ser la madrina.

LEONOR (Con un temblor interior):— Pensar que tienes un hijo, Rosa... Un hijo...

ROSA (Para animarla se pone a cantar):

Ay, ay, ay, ay

Canta y no llores,

porque cantando se alegran,

cielito lindo, los corazones.

LEONOR (Sonríe):— ¡Esta Rosa, tan alegre! Pero no cantes eso, que a mi mamá no le gusta. (Aparece la CHANA con un alto de ropa). ¡Mama Ghana! ¿No está almorzando con los niños?

CHANA (Voz cansada, de moribunda): Es que misiá Manuela, me pidió que le planchara esta ropa a la Moniquita para la tarde, y como se están portando bien, quería plancharla ahora.

ROSA (Con un cariño que no le conocíamos):— Pase p'acá. señora. Yo se la plancho en un suspiro. (Le toma el montón de ropa).

LEONOR:— Muy bien, Rosa. Yo voy a ir a acompañar a los niños. (Sale. La CHANA mira a ROSA con extrañeza).

ESCENA VIII

CHANA:— ¿Qué's lo que te pas'a vos conmigo? Me querís ayudar a planchar. y me tratái de señora"... (Avanza hacia la puerta chica, mientras conversa). Antes nu erai ná así.

ROSA:— Es que ya no 'stoy tan joven, ya...

CHANA:— ¡Esú es! T'empezai a sentir vieja, y por eso te ponís amable

ROSA:— Vieja, no. Es que cuando van pasando los años, una va entendiendo..

CHANA (Saca una llave (le! seno y se la pasa):— Como t'estai portando bien, te voy a enseñar una cosa. Yo'stoy muy cansá, así que tráeme una botellita que hay en la parte de abajo'el aparao, al lado'e la mese planchar. (ROSA sale por la puerta chica y se la oye abrir y cerrar compartimientos).

Voz DE ROSA:— ¿En la tabla de arriba o en la (le abajo?

GHANA:— En la de arriba, tonta.

VOZ DE ROSA:— ¿Cuál botella la grande ola chica guatona?

CHANA (Ruda):— La chica guatona. (En voz muy baja). La grande es pá' la noche, cuando 'stoy desvelá ... (Aparece la ROSA con la botella). Pasa p'acá. (ROSA se la pasa. La CHANA toma varios sorbos). Esto ayúa ... (Nuevos sorbos. Después se la pasa a ROSA). Aprueba vos ahora

ROSA (Con mueca) : No me gusta ná' el trago, señora.

CHANA (Voz de bruja):— Antes no te gustaba ná cuidar chiquillos ajenos y ahora soi la mama Rosa. No te gustaba ná que hablaran del prójimo, y ahora tai más pelaora que yo... Tai mis Chana que la Chana . . . (Se ríe de su chiste. Le quita a ROSA la botella y bebe nuevos sorbos). A ver. sincérate conmigo. Apuesto que querís más a Panchito y a la Mónica que a tu huacho.

ROSA (Sin ofenderse):— Esa es la suerte'nosotras, pus señora. Querer más a los chiquillos ajenos qui a los propios.

CHANA:— Pero a vos se te ha pasao la mano. Tenis al Lucho medio abandonao

ROSA— No, señora. ¿No ve que allá en el "Membrillar" tá muy bien cuidao? Llega a dar gusto lo guatón qu'está.

CHANA (Un último rasgo de maldad, para no perder la tradición) Me hablaron de Macario. Dicen que se casó con una lavandera e Chillán ... Ella trabaja y él bartolea. (ROSA no se da por aludida). Tienen siete chiquillos. (Inútil; la flecha no da en el blanco).

ROSA:— Así será, si usted lo dice.

CHANA (El trago la pone agresiva):— ¿Y el Custodio, cuántos chiquillos tiene? (Sale por la puerta chica. ROSA se enoja).

ROSA:— Lo mardadosa no se le va'quitar a usted ni en el cajón... Pá qué jue a nombrar a ése. (Habla, medio a la CHANA, medio al aire). A ése no hay que nombrarlo... Hay que ver que se enojaría si supiera las que hei hecho... Y con razón

(Pausa). Debe haberse casao con alguna de por allá. (Pausa, luego muy bajo). Si supiera lo de Macario, y lo del enceraor. . . (Pausa). Si supiera que er Lucho se llama Luis Custodio... (Lentamente, sale por la puerta chica).

ESCENA IX

Se siente el timbre, después se oyen voces y entran PANCHO y TERESA. El tiene treinta y cinco años, y es hombre borroso y comodón. Ella es muy pálida y su mirada lo vigila y acaricia todo el tiempo. PANCHO se suelta del brazo de su mujer y se deja caer en un sillón.

PANCHO:— Vas a ver, Teresa. Mi mamá va a estar molesta porque no vinimos a la misa...

TERESA (Se sienta a su lado):— Primero viene su salud, mi hijito. Anoche tosió tanto, que no podía dejarlo levantarse temprano.

PANCHO (Mirada al retrato de Javier):— La misa no era temprano; era a las diez.

TERESA:— ¡No hay que exagerar las cosas, Pancho! Ya llevamos quince años recordando a Javier...

PANCHO:— Te lo ruego, Teresa... ¡Catorce años, no quince! Si mi mamá te oyera

TERESA:— ¡Tu mamá, tu mamá y tu mamá! (Soplado). ¡Cómo si ella no se equivocará! ¡Y cuándo le da la gana!

(Se sienten pasos y frases sueltas. Aparecen en la puerta MISIA MANUELA y MARGARITA. Saludos y las frases de rigor. MISIA MANUELA abraza y besa a PANCHO; a TERESA le da la punta de los dedos).

ESCENA X

MISIA MANUELA:— ¡Pancho, hijito! ¡Qué bueno verlo!

TERESA (Con la firmeza puntuda de las mujeres débiles):— No pudimos venir a la misa, porque Pancho está sumamente resfriado. Lo obligué a levantarse tarde.

MISIA MANUELA:— Me lo imaginaba.

PANCHO:— ¿Cómo se ha sentido, mamá?

MISIA MANUELA:— Más o menos... El reumatismo no me deja. Además, he tenido algunas preocupaciones

PANCHO:— ¿Y ha tomado sus remedios? ¿Qué tal le han resultado las píldoras (leí doctor Vial?

MISIA MANUELA:— Ni me mejoran ni me matan.

TERESA:— Estábamos tan preocupados por usted, desde que tuvo los dolores el mes pasado...

MISIA MANUELA:— ¿Tú, también tú estabas preocupada? Pero por favor no hablemos de enfermedades. Lo importante es que los niños están bien. En este momento deben estar almorzando. ¿Quieres pasar a verlos, Teresa? (TERESA mira a PANCHO).

TERESA:— Por supuesto. ¿Vamos, Pancho?

MISIA MANUELA:— Preferiría que fueras con la Margarita. Así aprovecho yo de conversar algo privado con Pancho.

TERESA (Molesta):— ¿Privado?

MARGARITA (Por simplificar):— Vamos, Teresa. (La toma del brazo). Aprovecharé para contarte algo sensacional que he sabido de la Picha Errázuriz. <TERESA se deja arrastrar, pero desde la puerta mira con fastidio a su suegra, inclinada como un águila sobre PANCHO).

ESCENA XI

PANCHO:— ¿De qué se trata, mamá?

MISIA MANUELA (Se pasea un momento y se detiene):— Estoy preocupada por la Leonor. Se le lía puesto casarse con un doctorcillo de otra clase. Está obsesionada, loca. Me desafió hace un momento, y declaró que se casaría con él contra la opinión de todos.

PANCHO:— ¿Quién es él?

MISIA MANUELA:— Un tal Humberto Cabrera. ¡Un don nadie!

PANCHO:— Bueno. .. La Leonor tiene ya más de treinta años...

MISIA MANUELA:— ¿Y tú crees que los treinta años le dan derecho a claudicar de su clase?

PANCHO:— La vida de una mujer soltera es muy triste...

MISIA MANUELA:— También lo es la de una viuda. Te lo digo porque llevo casi veinticinco años de viudez. Pero comprendí que mi deber era dedicarme a mis hijos, y no pensé jamás en casarme de nuevo.

PANCHO:— Lo encuentro admirable, mamá. Pero no creo que se le pueda pedir tanta virtud a los demás.

MISIA MANUELA:— Pero si no es virtud lo que le pido a la Leonor. ¡Es orgullo!

PANCHO (Escéptico):— El orgullo... El orgullo, sin otras cosas, sólo sirve para llenar la cara de arrugas y el corazón de amargura.

MISIA MANUELA:— ¿Me estás tratando (le decir que le das la razón a la Leonor)?

PANCHO (Encogiéndose de hombros):— ¡Déjela que haga lo que quiera, mamá! ¡Ya está en edad de saber lo que hace!

MISIA MANUELA:— ¡Francisco Solar, una vez más me decepcionas! Siempre que acudo a ti como al primogénito, que debiera ser mi apoyo. encuentro a un ser endeble, escéptico, a quien nada le importa nada.

PANCHO (Se levanta, fastidiado):— ¡No exagere, mamá! Los tiempos han cambiado, y cada uno tiene derecho a pensar y a vivir como quiera...

MISIA MANUELA (Se pasea agitada):— ¡Qué hijos, éstos! ¡Qué manera de ver las cosas! ¡Cuánta mediocridad!

(Se oyen voces y entran TERESA, MARGARITA y LEONOR).

ESCENA XII

LEONOR:— Pancho, ¿qué gusto de verte!

PANCHO(un poco frío por temor a su madre):—¿Cómo estás, Leonor?

LEONOR (Amable):— Siéntense La Rosa va a traer un aperitivo.

(Todos se sientan menos MISIA MANUELA) ¿Qué tal tiempo han tenido en el campo? (Le habla a PANCHO, pero éste se hace el distraído).

TERESA:— Muy revuelto, Leonor. Un día con sol, y el siguiente nublado y oscuro que da miedo. (Entra ROSA con bandeja y copas. Se dirige primero a MISIA MANUELA)

ROSA:— ¿Se sirve, misiá Manuela? (Pausa. MISIA MANUELA la mira, y le habla como si las dos estuvieran solas. Su manera de ignorar a los demás es evidente).

MISIA MANUELA:— Tú eres la única, Rosa. Tú eres la única.

ROSA (Sin entender):— ¿Cómo dijo, misiá Manuelita?

MISIA MANUELA:— Tú eres la única, conmigo, que te acuerdas de Javier. Acabo de pasar por tu pieza y vi una vela prendida delante de un retrato del niño. (A ROSA la bandeja le tiembla ligeramente. Para disimular, va a servirle a TERESA). Pobrecito! El sí que era exigente, riguroso. El siempre buscaba lo más alto, lo más perfecto ... Hace catorce años, a esta hora, me habló por última vez. (Pausa. Luego con suavidad). Rosa, ven, que quiero contarte un secreto. (ROSA se acerca, temblando. MISIÁ MANUELA habla con gran intensidad, como en trance). Un secreto que he callado catorce años. Cuando el niño agonizaba, no pensó ni en sus amigos, ni en sus hermanos, Rosa. (Pausa. ROSA baja los ojos). Pensó en ti.

ROSA (Mira a MISIA MANUELA con temor):— ¿En mí?

MISIA MANUELA:— Me dijo: ‘Dígale a la Rosa que rece por mí...

ROSA (Con emoción):— ¿Yo, rezar por él?

MISIA MANUELA:— Y yo no te lo dije entonces, ni lo he dicho en estos catorce años, por orgullo. Porque no quería aceptar que su última voluntad hubiera sido para una sirvienta... (Con resentimiento). Pero ahora mis hijos me dicen que el orgullo hace envejecer y que llena el corazón de amargura... Me dan una lección... Por eso quiero que sepan que el último pensamiento de su hermano no fue para ellos. (Se queda ensimismada. Suena el timbre de la calle. ROSA sale).

MARGARITA <Falsamente alegre, para romper la tensión>:— Samuel te mandó muchos saludos, Teresa. Dice que silo convidas. iré encantado a pasar una semana al “Membrillar”.

TERESA (Igual):— ¡Pero con mucho gusto! file que le acabo de tapizar de nuevo la pieza con vista al río que a él le gusta. Le puse una Toile de Jouy preciosa, con motivos pastoriles color verde musgo. Le recordará los hoteles del sur de Francia. (Entra ROSA con una carta y se la entrega a LEONOR).

LEONOR:— ¿Sin sello? ¿Quién la trajo, Rosa?

ROSA:— Una sirvienta, señorita. (Delante de los demás, nunca le dice Leonorcita. ROSA sigue sirviendo el aperitivo a PANCHO).

LEONOR:— ¿De quién será? (Se ha puesto inquieta, de súbito). ¿Me permiten leerla? (Se para y mira a MISIÁ MANUELA, buscando su aprobación. Esta, totalmente abstraída, la ignora. MARGARITA interviene).

MARGARITA:— Por supuesto, Leonor. Y ojalá sean buenas noticias. (LEONOR rompe el sobre con nerviosidad. MARGARITA sigue

tratando de amoblar el silencio). A Samuel le encanta la Toile de jouy. .Le diré entonces que puede irse a fines de la semana próxima.

TERESA:— ¡Encantada!

MARGARITA:— Le va a venir muy bien un cambio de aire, porque la baja de la Bolsa lo ha tenido muy preocupado. Las acciones de Pancahue han bajado como veinte puntos...

LEONOR (Con voz ahogada):— ¡Oh!

MARGARITA:— ¿Qué te pasa?

LEONOR:— ¡No puede ser! ¡No!

MARGARITA (Se levanta y se acerca a LEONOR):— ¿Quieres que te lleve al dormitorio? (La toma de los brazos y empieza a caminar con ella. La carta cae de manos de LEONOR al suelo. ROSA la recoge).

MISIA MANUELA:— Pásame esa carta, Rosa. (LEONOR y MARGARITA se detienen. ROSA se inmoviliza).

ROSA:— Es de la señorita Leonor, misia Manuela.

MISIA MANUELA (Se pone de pie trabajosamente, como un obelisco que izan con una grúa):— Pásame esa carta te digo.

ROSA (Pidiendo auxilio a MARGARITA): Señora Margarita, esta carta... (Como un ave de rapiña, MISIA MANUELA ha avanzado dos pasos y le ha arrebatado la carta).

MISIA MANUELA:— No hay que asustarse, Leonor. Conviene aprovechar que la familia está reunida para que sepa lo que te preocupa. (LEONOR está en brazos de MARGARITA).

LEONOR:— ¡Margarita!

MARGARITA (Mira con indignación a su madre):— Esto es cruel, mamá. Quizás después...

MISIA MANUELA:— No exageres. Se trata de un simple pololeo de la Leonor, y prefiero que todos lo conozcan.

MARGARITA (Maternal):— No te asustes, Leonorcita. No hay por qué asustarse.

PANCHO (El indiferente):— ¿Es necesario todo esto?

MISIA MANUELA:— Si, es necesario. (Empieza a leer). “Estimada Leonor” (Se interrumpe y mira la firma). La firma Dominga Cabrera. ¿Es hermana de Humberto Cabrera? (LEONOR no contesta). “Aunque la conozco poco, me permito escribirle para darle noticias de mi hermano. Esta mañana recibimos telegrama del Sur, diciéndonos que nuestro padre se halla enfermo de cuidado en Puerto Montt. Como usted comprenderá, el primer deber de médico de mi hermano es cuidar a su padre. Por este motivo, acaba de partir al Sur en tren y permanecerá allá un tiempo indefinido. Queda a sus órdenes, su servidora, Dominga Cabrera”.

(LEONOR está llorando. Los demás adivinan la situación y guardan silencio. MISIÁ MANUELA sigue leyendo).

Hay una postdata que no entiendo. ¿La alcanzaste a leer, Leonor? (LEONOR hace un gesto que no. MISIA MANUELA lee con lentitud, como tratando de descifrar un enigma). “Respecto a la persona cuyos síntomas usted relató a mi hermano, él me encargó decirle que puede ser lo que ella teme. Si dicha persona pasa por mi casa, le daré la dirección de una señora que pueda atenderla”.

LEONOR:— ¡No, por Dios, no! (MARGARITA y TERESA tratan de calmarla).

MARGARITA: — Tranquilita, Leonor, tranquilita

MISIA MANUELA (Fuego y hielo):-- Insisto en que no entiendo esta postdata. Parece que hay una amiga de Leonor enferma... y esta Dominga Cabrera le recomienda... (Con sospecha). Leonor, ¿qué significa esto? (Silencio) ¿Qué escándalo es éste? (ROSA sufre al ver sufrir a LEONOR y se lanza a ayudarla, sin saber cómo).

ROSA:— No hay ná escándalo, misia Manuelita...

MISIA MANUELA (Seca):— Estoy interrogando a mi hija. Leonor, contéstame!

ROSA (Sin pensar más):— Yo lo sé too, misia Manuela...

(Las miradas de todos, como reflectores, se concentran en ROSA).

MISIA MANUELA:— Si la tal Dominga Cabrera propone una ‘señora’ para atender cierta enfermedad, es porque se trata de una deshonra, ¿verdad?

ROSA:— Bueno.. . No es ná deshonra...

MISIA MANUELA:— Y si la Leonor, siempre tan egoísta, se da la molestia de ocultar esa deshonra, es porque le interesa mucho, ¿no es cierto?

ROSA:— Es que Es que la enferma es una amiga d’ella...

MISIÁ MANUELA:— ¿Una amiga? ¿Qué amiga?

ROSA:— Una señorita muy güena, que la quiere mucho...

MISIÁ MANUELA (Implacable):— ¡Mentira! ¡La Leonor no tiene amigas!

ROSA:— SI. sí tiene..

MISIA MANUELA:— Pero si no es capaz de tener amigas...

¡Si tienes que acompañarla tú cuando sale de compras!

ROSA (En voz baja, muy humilde):— ¿Y yo, no soy su amiga entonces? (Se da cuenta de que ha dicho demasiado y busca retroceder). Es decir.

MISIA MANUELA (Interrumpiéndola)— ¡Cómo! ¿Entonces eras tú?

ROSA (Tratando de escabullirse):— No, misia Manuela , no es ná eso..
MISIA MANUELA:— ¡Tú, eres tú la de la deshonra! (ROSA no sabe qué hacer. Se oye un sollozo de LEONOR. ROSA decide ent regarse).
ROSA:— Si, misia Manuelita. Soy yo..
MISIA MANUELA:— ¿Es cierto eso, Leonor? (Esta no contesta). ¿Tú has estado ayudando a esta mujer? (Silencio).
ROSA (En plena invención):— Es que yo le conté a ella
MISIA MANUELA (Estallo):— ¿De manera que otra vez has vuelto a enredarte con hombres? ¡Sinvergüenza! Y yo, que creía que se te habían pasado esas aficiones. ¡Que ya eras una mujer decente!
PANCHO (Arbitro):— Mamá, no se acalore, que le puede hacer mal. Yo voy a hablar con la Rosa, más tarde.
MARGARITA:— ¿Por qué no pasamos a almorzar? Ya debe. estar listo el almuerzo.
MISIA MANUELA (Sin oírlos):— Y pensar que he albergado más (le veinte años en mi casa a esta mujer. ¡Y mi propia hija, amparándola en su vicio! (Pausa).
PANCHO:— Vamos. mama. que quiero ver a los niños antes de almorzar.
TERESA (Se levanta): — Vamos. Margarita. (PANCHO toma del brazo a MISIA MANUELA y ea caminan).
MISIA MANUELA (desde la puerta):— ¡Pero esta vez sí que te vas de la casa, Rosa del diablo, y ahora si que no me arrepiento!
(Salen, MISIA MANUELA con PANCHO, detrás MARGARITA y IERESA Quedan LEONOR, dolorida en su sillón. y ROSA. humillada, al centro de la pieza).

ESCENA XII

Cuando todos lean salido. LEONOR se levanta trabajosamente, camina Icaria ROSA y la abrazo.
LEONOR:— ¡;Rosa. Rosa!
Rosa:— ¡Güen dar, Leonor cita, en la que me jui a meter
LEONOR:— Rosita, Rosita, tú eres la única! Dios te bendiga, por lo buena que cres!
ROSA:— No llore tanto, pues Leonorcita, que a mí también me va a dar pella. ¿Y qué vamos a parecer aquí las dos, goteando como <los llaves (le agua? (Sonríe sin eco. Lleva a LEONOR hacia el sofá central y la sienta). Así, m'hijita, sentaita. ¿Ta más tranquila ahora?

LEONOR:— Y pensar que permitiste que te insultaran por causa mía... ¡eh vez de que me insultaran a mí!

ROSA:— Es que usté's otra cosa, Leonorcita. A una señorita como usté una cosa así la achata. En cambio a mi ¿qué tanto me hace? Yo no pierdo ná.

LEONOR:— Pero yo sé que te duelen los insultos de mi mamá; te duele que ella piense mal de ti.

ROSA:— Claro que me duele; no pueo negarlo. Pero ya me perdonará, como otras veces. ¿No me perdonó lo del Lucho? Y ahora el cabro tá que revient'e gordo en el fundo. ¿No me perdonó lo de Higinio el enceraor, y las vacaciones ésas, en que salí a comprar jabón y volví a las dos semanas?

LEONOR: Sí no fuera por ti, Rosita...

ROSA:— ¿Sabe lo que vamos a hacer? Usté le dice a misiá Manuela que la deje irse p'al fundo unos cuantos meses, pa pasar la pena de on Humberto. Y rogándole hartito, a lo mejor consigue que en vez de echarme, me mande pal fundo, castigá con usté.

LEONOR:— (Comprendiendo):— Sí...

ROSA:— Y qué bien vamos a estar las dos desterrás en el fundo. ¡Y allá . . . las tíos solitas . . . sin saber de nadie . . .! (Pausa). ¡Nace mi guagua...!

LEONOR:— ¡Tu guagua!

ROSA:— Vamos a andar pa'toas partes las <los juntas ... ¡A ver cuál engorda más ligero!

LEONOR:— Las dos juntas, como dos hermanas

ROSA:— No, Leonorcita, eso no. Como patrona y sirvienta, con mucho respeto y mucho cariño.

LEONOR:— Como una hermana . . . Más que una hermana

ROSA:— ¿Ta tiritando? Le voy a dar una copita. (Le' pasa un aperitivo que había quedado sobre la mesa). Así. Ahora se sa a sentir mejor. (Por distraerla). ¿Y qué le gustaría que juera la guagua? <Mirada sigilosa a la puerta). ¿Mi guagua?

LEONOR (Levanta la cabeza y sueña un instante'):— Mujercí . . . mujercita ... (Rosa se echa ti los pies de LEONOR, como un perro fiel. Es un hermoso perro, soñando y sonriendo al aire).

ROSA:— Chancletita . . . ¿Y cómo le gustaría ponerle a mi guagua?

LEONOR (Entregándose al sueño):— Quizás Manuelita, como su abuela.. . ¡pero, no. qué estoy diciendo! Tal vez Margarita...que es valiente ... (Su mirada vaga llega sobre ROSA). ¡No, se llamará Rosita, mí Rosita, como tú! Nuestra Rosita!

ROSA:— ¡Cómo se le ocurre! ¡Eso sí que no! ¡Qué van a creer de usted, por ponerle a la niña el nombre'la sirviente!

LEONOR:— ¡Pero Rosa, si va a ser hija tuya! Es natural que tu hija se llame igual a ti.

ROSA:— ¡Bah, de veras que va' ser mía! Pero usted va' ser la mairina...

LEONOR:— Por supuesto... y nunca se verá una madrina más cariñosa. Más maternal.

ROSA:— Y después la mandamos al colegio. . . a la Rosita ...

LEONOR:— . . . y será la alumna más aplicada, la más decidida. Y aprenderá todo lo necesario para trabajar en una oficina.

ROSA (Extrañada):— Su hija ... mi hija ¿en una oficina?

LEONOR:— Sí, Rosa, porque va a ser una mujer moderna, una mujer valiente, mi Rosita

ROSA (Sin entender):— ¿Valiente?

LEONOR (En crescendo):— Sí, Rosa. No tendrá miedo a nada. ¡Será independiente y franca, nunca temerá decir la verdad, mi Rosita...!

ROSA:— ¡Qué linda va a ser! Parece que la veo . gordita y recotina.

LEONOR:— No, linda no. Valiente, muy valiente. (Las luces de la escena comienzan a bajar lentamente). Nadie la obligará a nada, a mi Rosita. Libre como un pájaro . . . Y será feliz, feliz. mi Rosita!

ROSA:— ¡Feliz, feliz!

LEONOR:— ¡Feliz! ¡Será feliz, mí Rosita!

TELON

CUARTA PARTE

La misma salita, con cambios en la decoración según los gustos de 1941.. En escena, MISIA MANUELA, LEONOR y ROSA. MISIA MANUELA tiene setenta y dos años y su pelo está enteramente blanco. Se halla sentada en una silla de ruedas, leyendo uno, papeles. LEONOR tiene cuarenta y siete años y hay en ella una cierta belleza, producto de la resignación. ROSA es ya la típica mama rezongona. Esta vestida idéntica a la mama Chana de la Tercera Parte.

MISIA MANUELA (Agitando un papel): ¡Pésimas las cuentas de Pancho! Creo que el fundo está cada día peor administrado. Ya nos hizo perder “San Cayetano”, y a lo mejor...

LEONOR:— No fue culpa de él, mamá. Fue la crisis del treinta y uno. Todos los hombres de negocios tuvieron grandes pérdidas.

MISIA MANUELA:— A mí me tocaron crisis peores que la del treinta y uno, y nunca perdí nada. En fin... (Suspira y cambia de tema, fastidiada). Quiero que vayas esta tarde a pedirle al Padre Benito que venga mañana temprano; quiero hacer confesión general.

LEONOR:— Supongo que no estará inquieta por su salud. El doctor la encuentra mucho mejor que el año pasado.

MISIA MANUELA:— Así será. Pero quiero estar tranquila, sea cual sea el resultado de los exámenes. Rosa, anda a ver si llegó Panchito. Dile que quiero hablar con él. (ROSA sale). ¿Llegó don Manuel?

LEONOR:— No, mamá. No ha llegado todavía.

MISIA MANUELA:— ¿Qué hora es? ¿No son las once ya?

LEONOR:— Sí, mamá, las once diez.

MISIA MANUELA:— Y entonces ¿cómo no han mandado a don Manuel? La Mónica sabe muy bien que a las once en punto estoy lista para recibir a don Manuel. ¡Es una verdadera rebelión, la de la Mónica!

LEONOR (Extrañada):— ¿Rebelión?

MISIA MANUELA:— ¿No es rebelión el haberse casado contra mi voluntad y haberse ido a vivir aparte, cuando aquí sobra lugar?

LEONOR:— Juan Pablo es buenísimo y trabajador, mamá. Y fue ella la que insistió en vivir independientes.

MISIA MANUELA:— Si, lo se. Y eso es lo que me irrita. ¡Qué carácter de fierro el de esa muchacha!

LEONOR (Con malicia):— Quien lo hereda, no lo hurta. Todo el mundo la encuentra igual a usted ...

ESCENA II

Entra PANCHITO. Tiene veintinueve años, es buenmozo y mimado por su abuela. La abraza y ella lo besa.

MISIA MANUELA:— ¿Cómo le fue en su interrogación, hijito?

PANCHITO (Fresco):— ¿interrogación? ¿Qué interrogación?

MISIA MANUELA:— ¿No tenía que dar hoy en la mañana una interrogación de Derecho Civil?

PANCHO (Apenas turbado):— ¡Ah, sí! Pero... es que la postergaron ... El profesor se enfermó...

MISIA MANUELA (Perspicaz a pesar de los años):— ¿Cómo te está yendo en tus estudios, Francisco?

PANCHITO:— Más o menos, abuelita. Usted sabe, los profesores son tan injustos... Si uno no les hace la pata

MISIA MANUELA:— Pero estás repitiendo Cuarto Año por tercera vez. . . Ya es hora de que salgas adelante.

PANCHITO:— ¿Y le parece poco mi trabajo donde don Anselmo Echeverría? Eso muestra que tengo mis méritos..~

LEONOR (Seria) :— No finjas, Pancho. Ese puesto de Procurador te lo consiguió tu tía Margarita. Y entiendo que los informes de don Anselmo no son muy halagadores.

PANCHITO:— Tía Leonor, lo que faltaba es que usted también me rete. Yo contaba con su comprensión ...

LEONOR: ¿Le contaste a tu abuelita que se terminó tu noviazgo con la Elisa Correa?

PANCHITO:— ¡Tía Leonor! ¿Porqué...?

MISIA MANUELA (Enérgica):— ¿Es cierto eso, Pancho?

PANCHITO:— Bueno, la verdad es que...

LEONOR (Dirigiéndose a MISIA MANUELA):— LOS padres de Elisa supieron que él pololeaba al mismo tiempo con una señorita. . . de otra categoría ...

(Por arte de magia aparece ROSA por la puerta chica. Está acalorada por defender a PANCHITO. Es evidente que ha oído la conversación).

ROSA:— ¡No es ná eso lo que le ije, Leonorcita!

MISIA MANUELA (Enojada):— Rosa González ¿quién te manda meterte en lo que no te importa? ¿Y hasta cuándo te digo que no debes escuchar por las puertas?

ROSA:— Es que me'a no sé qué ver cómo retan al niño.

MISIA MANUELA:— Francisco tiene ya veintinueve años, y no necesita abogados. ¿Es cierto, Francisco, que al mismo tiempo pololeabas con una muchacha de otra clase?

ROSA:- No, si peleó con ella hace tiempo...

MISIA MANUELA (Enojada):— ¡Rosa, o te callas o te vas para afuera! Contéstame, Francisco.

PANCHITO:- Lo que dice la mama es cierto. Yo habla peleado hacia tiempo con la Nelly.

MISIA MANUELA:— ¿Y cómo está la Rosa mejor informada que yo?

LEONOR (Seria):— Porque ella le' lleva y le trae cartas de muchachas del barrio.

ROSA (Asombrada):— ¡Leonorcital

LEONOR:— Mucho te quiero, Rosa, pero no puedo permitir que sigas echando a perder a Pancho.

MISIA MANUELA:— Una mujer que lleva y trae cartas se llama alcahueta, Rosa. (La escena, sin que nadie ¡o quiera, se lía transformado en una especie de reproche a ROSA. PANCHITO interviene, con gran mundo,).

PANCHITO:— Lo mejor será que yo le explique todo, abuelita. ¿Le gustaría que diéramos un paseo por el huerto? PANCHITO empieza a empujar la silla hacia la puerta).

MISIA MANUELA:— No puedo negarme a escucharte; Pero ahora no me vas a convencer tan fácilmente como otras veces. (Salen. Cuando la silla esta fuera de vista, PANCHITO vuelve y dice confidencialmente a LEONOR).

PANCHITO:— Perdón, tía Nonó. Pero estoy pobre como la rata y necesito- darle un sablazo a la abuelita ... (Sale volando>.

ESCENA III

ROSA:— ¡Pobre patrona! Da pena ver cómo va p'abajo.

LEONOR:— Es bien triste. Pero ya ves cómo se ha resignado a su parálisis. Y sigue llena de energías, dirigiéndolo todo desde su silla de ruedas.

ROSA:— ¿Y cuándo se va a saber de los exámenes? LEONOR:— Mañana, Rosa. Mañana nos dirá el doctor si tiene uremia.

ROSA:— ¿Y qué's eso, l'eremia?

LEONOR:— Algo muy grave. Si la mamá tiene uremia, quiere decir que le quedan pocos meses de vida ...

ROSA:— No esté embromando. ¡Cómo se le ocurre decir eso! No hay ni que pensar en l'eremia. Voy a'cerle una manda a San Judas Tadeo, que no falla nunca.

LEONOR:— Los años pasan, Rosa. Fíjate en mí. Ya cumplí los cuarenta y siete ... (Pausa). Y sin embargo, poco a poco me he ido resignando. Ya no me duele vivir. (Pausa). Hasta puedo pensar en mi hija, sin sufrir

ROSA:— Tan relinda la guagüita. Igual a on Javier, el poure ángel, pero con los ojitos claros. Y pensar que se voló pal' cielo a los ocho días...

LEONOR (Serena):— Fui yo, Rosa. Fue culpa mía que mi hija muriera. Me dio 'vergüenza desde que la concebí. Por eso la eché al mundo débil, sin fuerzas para vivir. .

ROSA:— Mejor no acordarse d'eso. Lo que pasó, sc acabó. (Por cambiar de tema). ¿Se acuerda de la finá Chana? Siento que cad'año toy mas igualita a ella.

LEONOR:— Sobre todo desde que te está gustando el vino

ROSA:— Si es remedio, no más. No ve que a veces me duele la cabeza,. y con lo único que se me quita es con un traguito...

LEONOR (Sonriendo,):— Sí, lo malo es que te duele la cabeza tan seguido...

ROSA:— Yo creo que's la fina Ghana la que me manda los dolores de cabeza. Tanto que me convidaba trago, y yo no le hacía caso. Ella me decía: 'Vay a ver cuando estís vieja, que hasta pa'l trago te vay a ir achanando'.

LEONOR:— Y así ha sido: bien achanada' que estás .. No te vaya a pasar corno a ella, Rosa. que cuando se enfermó, no tenía ni un centavo ahorrado. Por suerte, tú tienes la ley 4054.

ROSA:— Esa famosa ley ... Más es er tiempo que mi ha hecho perder, y p'al puro jilibear. Desde la ley, que las empias se envenenaron con las patronas y las patronas con las empiás. Y tanto edificio y tanta gente í>a darle a una las aspirinas y el bicarbonato. No, ni pienso en la ley. Pa eso tengo mi güena platita junta.

LEONOR (Se levanta y se acerca a la puerta del corredor como para salir):
;Y qué piensas hacer con ella? ¿Ponerla en la Caja (le Ahorros)?

ROSA:— ¡Cómo se le ocurre! No mc gusta ná tener la plata lejos di una .. . Quiero comprarme una casita, por allá por Recoleta aentro, cerca di algún cementerio. (LEONOR sale). Así, cuando me muera, queo en el barrio.

ESCENA IV

Entra PÁNCHITO, con aire preocupado.

PÁNCHITO:— Oye, mama, quiero hablar contigo. Tengo que pedirte consejo.

ROSA:— Diga no más, m'hijito, que pá eso'stá su mama.

PANCHITO (Con tono meloso) :— Estoy en un apuro, mamita; tengo deudas. Y la abuela se negó a prestarme plata.

ROSA (Siempre ha sido avara y se pone tiesa):— ¿Detrás de qué chiquilla andái ahora, que le querís hacer regalos?

PANCHITO:— No son regalos, mama.

ROSA:— ¿O es que te habís templao e' la Clarisa, esa pará que no mira a nadie? (PANCHITO hace un gesto que no). Yo soy amiga di una cuñá d'ella, y le pueo hablar... (Nuevo gesto negativo de PANCHITO). Acuérdate que yo te ablandé a doña Nena, y que gracias a mi te resultó el embeleco ...

PANCHITO (Fastidiado):— No, mama, no se trata de sirvientas ni de la mujer del almacenero. Tengo deudas grandes, y o las pago de inmediato, o me meten en la cárcel. (Vuelve al tono meloso). El otro día le oí a la Mónica que usté tenía sus ahorritos.

ROSA (Tiesa de nuevo):— ¡Claro que tengo mis ahorritos! Son pa comprarme una casa, onde caerme muerta. Son los ahorros de treinta años, y es l'único que tengo.

PANCHITO:— Pero, mamita, si yo no le hablo de quitárselos, sus ahorros. Sólo quería pedirle que me prestara unos pesitos, por unos cuatro meses.

ROSA:— No, no y no. Ni pensis más en eso. Son l'único que tengo, y no lo suerto.

PANCHITO (Comediante):— ¿Sabe lo que es la cárcel, mama? ¿Sabe lo que son los calabozos, donde apenas dan de comer y uno se enferma de tuberculosis?

ROSA (Se defiende):— Mi casita, mi casita. ¡Lo único que quiero es mi casita, pa tener onde caerme muerta!

PANCHITO:— ¡Ese es el amor de las mamas! Se llenan la boca diciendo que lo quieren a uno; y cuando les piden una prueba, site he visto no me acuerdo.

ROSA:— Si yo te quiero mucho, Panchito. ¡Cómo no te voy a querer cuando te vi nacer y te lavé los pañales! ¡Pero no me pidái eso! ¿No vis que's lúnico que tengo?

PANCHITO (Intenta la gran comedia):— Estoy enamorado. mama.

Ahora es de veras; quiero casarme. Es ¡a Angélica Guzmán, la prima de Juan Pablo. Quiero pagar mis deudas y casarme. Le juro que es para eso, para empezar una vida normal.

ROSA:— Hácele caso a misia Manuela entonces. y ponte a ‘trabajar. Si querís casarte, tenís que trabajar de veras.

PANCHITO:— ¿Pero en qué puesto me van a admitir, si saben que tengo deudas? (Cambia a tono sentimental). Se ve que no ha querido nunca a nadie, mama. No sabe lo que es eso.

ROSA:— Claro que se...

PANCHITO:— No sabe lo que es estar enamorado. Sentir que el amor puede cambiarlo a uno, hacerlo feliz para siempre.

ROSA (Recordando): Claro que sé....

PANCHITO:— No sabe lo que es dejar pasar la única ocasión de la vida, y quedarse, de repente, solo.

ROSA (Recordando):— ... y quearse, di’un repente, sola...

PÁNCHITO:— Pasarán los años, y cuando esté viejo, me diré:

¿por qué no lo hice, por qué no me atreví?

ROSA (Un eco): ¿Por qué no lu’ice? ¿Por qué no mi atreví?

PÁNCHITO:— Quizás entonces tenga plata; pero si estoy solo y amargado, ¿para qué me va a servir?

ROSA:— ¿Pa’ qué? ¿Pa’ qué?

PANCHITO:— Habré perdido mi vida, mamita, porque nadie me comprendió, porque nadie me ayudó.

ROSA (Se suena ruidosamente):— No, eso no, m’hijito. (Ultima duda). Es qu’esa plata es ¡ ‘único que tengo.

PANCHITO (Haciéndose e! digno):— Guárdesela no más, mama, que bien se la merece. En cambio, yo soy un flojo y un sinvergüenza. ¡Déjeme que me hunda, que a nadie le va a importar.

ROSA:— ¡No, m’hijito, no! Si siquiera te juerai a enmendar...

PANCHITO (Intenso):— ¡Se lo juro, mamita!

ROSA (Se decide) Vení para la pieza. Allá tengo la plata escondía. (PANCHO la abraza y salen, ella secándose los ojos).

ESCENA V

Después de un instante, llegan, como desde la calle, MÓNICA y su tía MARGARITA. Esta, de cuarenta y ocho años, viene vestida de color rojo, tiene el pelo teñido y está maquillada en exceso. Conserva, a pesar de todo, su distinción.

MARGARITA (Entrando primero):— Después de todo, tiene setenta ‘y dos años, y la vida no es eterna. (Se sienta y se ríe con

una risa mecánica). Felizmente. ¿Te imaginas lo aburrido que sería seguir yendo eternamente donde las costureras?

MÓNICA:— Es terrible pensar que ella va a faltar. La quiero tanto; le debo tanto. ¿Qué va a ser de la familia sin ella?

MARGARITA:— Nadie es imprescindible. El pobre Samuel se creía imprescindible y me decía: “Después que me muera, harás locuras, pero te aburrirás sin mí”. Y la verdad es que he hecho locuras, pero no me he aburrido un instante.

MÓNICA:— Voy a llamar a la tía Nonó, para darle la mala noticia. (Saliendo). ¡Pobre abuelita!

MARGARITA:— No la trates de pobre (Se dirige a! retrato de MISIA MANUELA), porque no lo ha sido nunca, en ningún sentido. Una reina, siempre. (Saca su polvera y rehace su maquillaje cuidadosamente). O mejor dicho, una dictadora. (Entra PANCHITO, cantando en inglés Parece muy contento).

PANCHITO:— ¡Hola. tía Margarita! (Gesto exagerado de admiración). ¡Pero qué estupenda estás (La besa).

MARGARITA:— Cuidado, que me pasas a llevar el rouge. Y por favor no me digas tía. Odio que me digan tía.

PÁNCHITO:— Estás muy buenamoza, Margarita. ¿Y qué dice mi amigo jim de ese vestido tan llamativo?

MARGARITA:— Tu amigo Jim se está portando muy mal. Quiere que nos pongamos de novios este mes, y sin embargo. ayer en la tarde ni me fue a ver, ni me llamó por teléfono. (Seria, de repente). Dime, Pancho; ¿sabes tú si ha seguido viendo a esa estúpida de la Nancy Scott?

PANCHITO:— Margarita, tienes que tener un poco de mundo. Es natural que se vean: los dos son gringos y les gustara hablar de Estados Unidos. Yo encuentro... (Se sienten las voces de MÓNRA y LEONOR. MARGARITA interrumpe a PANCHITO).

MARGARITA:— ¡Cállate! (Entran LEONOR y MÓNICA. Esta ya le dio la mala noticia a su tía. Ambas parecen preocupadas).

LEONOR:— Es terrible, terrible ...

MÓNICA:— ¿Le dio la noticia a Pancho, tía?

MARGARITA:— Por supuesto que no. Nunca he sabido dar malas noticias. (Entra ROSA. Nadie se fija en ella)

MÓNICA (Cariñosa, a PANCHITO) :— El doctor Vial me mandó llamar esta mañana, para adelantarme el resultado de los exámenes de la abuelita. (Silencio).

PÁNCHITO (Serio):— ¿Y qué dijo?

MÓNICA:— Tiene uremia, y en mucha cantidad.

PANCHITO:— ¿Eso quiere decir..

MÓNICA:— Sí, ya le queda poco tiempo... Algunos meses...

ROSA (Bruscamente desesperada):— No pué ser, no pué ser.. Debí di haberse equivocado ese doctor... (MONICA y LEONOR rodean a ROSA).

LEONOR:— No. Rosita. Los años pasan y la mamá ya tiene edad...

MÓNICA:— Hay que resignarse

ROSA:— ¿Pero cómo se le puee ocurrir que misia Manuelita se va a... (Se interrumpe asustada). Ella, que ha mandao toda la vida, que ha cuidao a tantos enfermos, ella. . . No pué ser, no pué ser...

(Se siente la voz de Misia MANUELA que llama: “PANCHITO, ven a empujarme”. PANCHITO sale).

LEONOR:— Ya, Rosa, disimula. (ROSA se suena con mucho ruido).

ROSA:— ¿Qué va a ser d'esta casa sin ella, Señor? ¿Qué voy a ser yo sin ella, sin tener quién me mande? (Se oye la voz de MISIA MANUELA que se acerca).

MÓNICA:— Andate, mamita.. Andate a la pieza de costura. Hay que disimular, para no apenaría. (Empuja a ROSA hasta la puerta chica).

ROSA:— ¡No pué ser, cómo va'ser cierto! (Desaparece en el momento en que entra MISIA MANUELA, empujada por PANCHITO).

ESCENA VI

MISIA MANUELA (Siente el silencio):— ¿Qué pasa? ¿Alguna mala noticia? (MARGARITA, mujer de mundo, interviene. Se pone de pie y avanza a abrazar a su madre)

MARGARITA:— ¡CÓmo le va. mi linda! ¡Soy yo la que traigo una mala noticia, una pésima noticia: ¡me caso!

MISIA MANUELA (No puede evitar el reírse):— ¡Esta hija mía! ¿Y qué locura vas a hacer esta vez? ¿Con quién te vas a casar?

MARGARITA (Ha salvado la situación y decide seguir en son de reírse de si misma):— Como usted lo sabe muy bien mamá, he sido un completo fracaso como viuda. ¡Pobre Samuel! Nunca creí que lo iba a echar tanto de menos. (Suspira). ¡La verdad es que no nací para estar sola!

MISIA MANUELA (Divertida, a MONICA) — No sabes, Mónica, el bien que me hace esta loca de hija. Su despreocupación me

relaja los nervios, su incoherencia me entretiene. (A MARGARITA, en son de broma) . Vamos al grano. ¿Quién es tu víctima?

MARGARITA (Riéndose):— Mi víctima es un muchacho fascinante: rubio, un metro ochenta y cinco. gran nadador.

MISIA MANUELA (Un poco sería):— Todo eso ya lo había adivinado por el color de tu vestido. Pero... ¿será un marido adecuado para tus cuarenta y ocho años?

MARGARITA:— ¡Pero, linda, usted está perdiendo la memoria . . .! Yo tengo cuarenta y dos años, y pienso quedarme en ellos mucho tiempo . . . (Pausa) . Al menos, eso es lo que le he confesado a Jim.

MISIA MANUELA:— ¿Jim? (Silencio). ¿No será Jim Anderson, el amigo de Panchito?

MARGARITA:— Si, es él. (Como disculpa). Pero es bastante mayor que Pancho . . . (MISIA MANUELA cierra los ojos y se reclina en su silla, cansada. LEONOR se le acerca)

LEONOR:— ¿Quiere un poquito de coramina, mamá?

MISIA MANUELA (Se demora en contestar):— No, dame un vaso <le agua. (LEONOR va al aparador, sirve un vaso de agua y se lo pasa. Ella apenas se moja los labios y se lo devuelve). Perdónenme, pero todo me cansa. Hasta las bromas de la Margarita . . . (Mira un punto vago del infinito y habla con voz cansada, sin dirigirse a nadie) . ¿Enojarme? ¿Para qué? ¿Qué sacaría?

MÓNICA (Cariñosa) :— ¿Quiere que la lleve a su dormitorio, abuelita, para que descanse un rato:

MISIA MANUELA (No ha oído): Por ahora. todo se sostiene. Pero ¿qué va a pasar cuando yo me muera . . .? (Todos se miran entre si)

LEONOR (Tímidamente):— Mama MISIA MANUELA- Por ahora, para engañarme, Pancho finge que las cosas del fundo marchan bien. La Margarita me habla de "noviazgo" . . . (Suspira) . .Menos mal, para engañarme, las apariencias se mantienen.

LEONOR:— ¿Otro poquito de agua?

MISIA MANUELA (Aparta el vaso con fastidio) — Cuando yo me muera, todo se desmoronará, Ya no tendrán a quién mentir. Preferirán ser francos. el fin . . . (Pausa)

MARGARITA (La mujer de mundo):— Pero mamá. su filosofía es muy amarga ;No la creía tan moderna! (Inútil MISIA MANUELA hace gesto a PANCHITO que la lleve. Este la empuja lentamente).

MISIA MANUELA:— ¡javierito, Javierito! (PANCHITO la empuja y salen)

ESCENA VII

Por la puerta chica, ROSA se ha asomado y los ha visto salir, tiene lágrimas en los ojos y la cabeza le ascua: está medio borracha. Sale con la botella en la mano, la misma botella chica guatona de la mama Chana, y recorre la pieza monologando

ROSA:— Es'es leremia. ¡Apuesto qu'esa'es l'eremia! ¡Es'es la que pone rungue a la patronal (Se tropieza). Mardit'eremia, que se sino a meter con la pOure. (Ve el retrato de MISIA MANUELA). Tan decidía qu'era ... A veces media tiesa, pero daba gusto cuando la mandaba a una....

LEONOR:— Rosa, ya luiste a tomar vino de nuevo.

ROSA (Con hipo y lágrimas):— No es ná vino, Leonorcito; es una toma muy güena que me dio el dotor pa la pena. (LEONOR y MARGARITA se miran y se encogen de hombros). Poure misiá Manuelita. ¡Poure patrona! ¿Y qué va a ser de losotros sin ella? ¿Qué voy hacer yo, cuando no hey hecho otra cosa que servirla toa la vía? ¿Quién me va a mandar como ella, cuando ni la Moniquita (dedo de fiscal a LEONOR y a MARGARITA), ni usté, ni usté, saben lo qu'es mandar, como ella? (Hipo y sollozo).

LEONOR (La toma de los hombros con cariño):— Si, mamita, tiene razón. Pero ahora se va a ir a acostar un ratito, para que descansen bien. (Rosa se deja conducir y sale tambaleándose, mientras dice con un brazo en alto)

ROSA:— Más mejor me voy con ella, con mi patrona, antes que quearme sola. ¡Me voy con ella, con ella (Hipo), con ella (Salen por la puerta chica).

TELON

QUINTA PARTE

En nuestros días. El mismo decorado, pero sin cortinas y con pocos muebles. Pueden aprovecharse los primeros momentos para sacar la utilería, como parte de la mudanza. Los MUDANCEROS, uno viejo y otro joven, mueven los muebles. MÓNICA adelante, de espaldas al público, dirige la mudanza. Es una mujer enérgica, de más de cuarenta años, con la misma voz y los mismos ademanes de su abuela

MÓNICA:— ¡Cuidado con el sofá! Así, para que no pase a llevar la mesa. Colóquenlo encima de los baúles, en el carro para que no se deteriore. (Salen con el sofá. Entra FELISA, una empleada joven, cargada de maletines y cajas de sombreros).

FELISA:— Señora Mónica, ¿qué hago con todo esto? (La palabra ‘esto’ en cierto tono despectivo) . Son cosas de la Señorita Leonor, y no caben en ninguna parte.

MÓNICA:— ¿Vio si podían caber en el baúl grande de mimbre?

FELISA:— Claro, pues, señora. Pero está lleno de cajas sucias y de vejestorios. Uno de estos hombres va a tener que ayudarme a cerrarlo.

MÓNICA:— Entonces déjelo codo en el salón verde, al lado de la puerta de calle, y lo llevaremos en el auto con nosotras. (Sin contestar, y fastidiada con el peso FELISA sale. Entran los MUDANCEROS de nuevo).

MÓNICA:— ¿Quedó bien colocado el sofá?

MUDANCERO VIEJO:— Tuavía no, señorita. En el correor lo dejamos mientras tanto.

MÓNICA:— Ahora los sillones. Cada uno puede llevar uno. (Los hombres empiezan a cargar los sillones. Entra LEONOR. Tiene sesenta y tantos años, su rostro está verdaderamente bello y dulce, enmarcado par un pelo blanco de gran distinción. Usa bastón).

LEONOR (Avanzando hacia MÓNICA) :— Mónica, hijita, vengo a confesarse algo que no me esperaba: ¡me siento alegre, casi feliz de abandonar esta casa!

MÓNICA:— Es natural, tía Nonó. ¡Vamos a empezar juntas una vida nueva.

LEONOR (Mira con rapidez el retrato de misiá Manuela)

Hace diez años que tú me venías rogando dejara esta casa, y yo me resistía. Le tenía miedo a este momento. Creía que tenía que morir aquí, entre estos muros: que no resistiría la separación. (Los MUDANCEROS salen con los sillones).

MONICA— Así son las cosas, tía. Lo que usted no se atrevió a decidir, lo decidió la necesidad. Que si a mi papá no le vencen las hipotecas del fundo, no habríamos tenido que vender esta casa, y usted se habría quedado aquí.

LEONOR:— ¡Bendita necesidad!

MÓNICA:— (Un momento de nostalgia en una persona poco nostálgica. Mira, el retrato) Sí hubiera sabido la abuelita que de toda la fortuna sólo nos iba a quedar esta casa . . . O mejor dicho, el terreno, ya que la próxima semana empieza la demolición LEONOR (Por fin. valiente> :— ¡Sursum corda, Mónica! ¡Y edificarán aquí un edificio de diez pisos, y vendremos a visitarlo un día, cuando esté terminado! ¡Qué importa, cuando en tu casita del Golf viviremos muy unidos y felices contigo y tus niños! (Vuelven los MUDANCEROS).

MONICA:— Así es, tía. No tendremos fortuna, pero la tendremos a usted. (LEONOR se ríe. MÓNICA, a los hombres) . Ahora, el escritorio. (Lo cargan).

LEONOR:— Ahí sacaba sus cuentas tni mamá, los veinte años que administró el fundo. En ese escritorio se hizo nuestra fortuna . . . (Entra FELISA con nuevos paquetes y cajas

FELISA (Sin ser a LEONOR) — Señora Mónica. no hallo qué hacer con tanto cachivache de la señorita Leonor. Estas cajas - . (J'e a LEONOR), es decir... que los baúles no alcanzan para tanta cosa ...

MÓNICA:— Póngalas en las maletas grandes esas que traje yo esta mañana . . . (Los MUDANCEROS empiezan con el escritorio).

FELISA:— Bueno. Y por favor, señora, mándeme uno de los hombres para que me ayude a cerrar los baúles. (Mirando al joven) . Ojalá el joven. (Salen los MUDANCEROS). Debe tener más fuerza. (Sale, en el momento que llega PANCHITO, muy apurado. Tiene cuarenta y tantos años, y va vestido y afeitado con ese cuidado meticuloso propio de un don Juan) -

ESCENA II

PANCHITO (A FELISA, con quien se tropieza frente a la puerta):— Perdón, señorita. (Mirada admirativa. Ella sonrío y sigue. PANCHO entra)

LEONOR:— ¡Panchito querido!

PANCHITO:— ¡Macanuda la empleadita!

MÓNICA (Severa) :— Buenos días, Pancho. (Este abraza y besa a LEONOR)

PÁNCHITO (Fresco) :— Vengo a ayudarle en la mudanza, tía. Mándeme, que estoy a sus órdenes.

MÓNICA (Seca) :— Como de costumbre, llegas atrasado. Ya estamos terminando.

LEONOR (Cariñosa) :— ¿Y tu mujer y tus niños? ¿Cómo están?

PANCHITO (Mirando a su alrededor) :— Supongo que bien, tía. La última vez que vi a la Yolanda fue anteayer y estaba perfectamente.

MÓNICA:— No es necesario exhibir así tu desunión matrimonial.

PANCHITO (Siempre fresco) :— Creía que eras partidaria de la franqueza. No esperarás que te diga que adoro a la Yolanda y que pasamos las tardes abrazados frente a la chimenea. (Desagradada, MÓNICA, se dirige a una esquina a sacar unos cuadros. LEONOR interviene conciliadora)

LEONOR:— Panchito, hijito, la Yolanda es tu mujer. Están unidos en matrimonio.

PANCHITO:— Qué quiere, tía. La Mónica sabe muy bien que cuando el papá malbarató la fortuna, no fue precisamente por amor... que me casé con la Yolanda Romanoni. Fue por salvar la dignidad de la familia.

MÓNICA:— La dignidad de la familia ...

PANCHO:— La dignidad que teníamos en tiempos de la abuela sólo se recobra con una fortuna gorda como la de los Romanoni. (MÓNICA hace un gesto despectivo y él ataca). No es casándote con el pobrete de Juan Pablo Guzmán que vas a levantar a la familia.

MÓNICA:— Juan Pablo es pobre, pero los dos trabajamos. Y la dignidad no depende del dinero, Pancho, sino de la conducta honrada de cada uno. Eso nos enseñó la abuela desde chicos.

Pero tú nunca quisiste entenderlo. (Vuelven los MUDANCEROS).

PÁNCHITO:— No es culpa mía sí . - .

MÓNICA (Interrumpe, como antaño su abuela) :— ¡Ahora los cuadros! Primero el de la abuelita, ese grande. (Empiezan a descolgarlo). ¡Cuidado, que pesa mucho!

LEONOR:— ¡Cómo te pareces a ella, Mónica! Tienes su valentía y su seguridad. (Susurrando). Lo que yo nunca tuve...

MÓNICA:— Lo colocan con mucho cuidado, apoyándolo en un lado del carro. (Salen con el cuadro, ella sigue descolgando los cuadros chicos).

PANCHITO:— '¿Y la mama Rosa? ¿Cómo está la vieja?

LEONOR:— Ahí está la pobre, haciendo sus paquetitos; sin darse cuenta que nos vamos. Tiene la cabeza tan mala...

PANCHITO:— Pobre mama, así es la vejez. ¿Y tendrá unos ochenta años?

LEONOR (Sonriendo) :— ¡Cómo se te ocurre, Pancho! Es pocos años mayor que yo. Lo que pasa es que cuando murió mi mamá, ella se enfermó y envejeció de repente. Ahora se le embrollan las ideas, y hay días en que me trata de “Misia Manuela”.

PANCHITO:— ¡Pobre mamita Rosal Ya no sirve para nada. ¡Podíamos mandarla a un asilo! Yo podría pagarle...

MONICA (Se vuelve, Corno herida por un tábano. Es la imagen exacta de su abuela enojada) :— ¡Francisco Solar Larraín ¿Cómo te atreves a sugerir eso? ¿Cómo se te puede pasar por la cabeza que nos vamos a separar de la mama Rosal

PANCHITO:— No te pongas sentimental, Mónica. En un asilo puede estar mejor que en tu casa.

MONICA:— ¿La mama Rosa en un asilo? Estás loco. ¿No sabes lo que ha sido la mama Rosa para la familia?

PANCHITO (Encogiéndose de hombros):— Una buena empleada...

MONICA:— Una excelente, una admirable empleada. Nos ha dado su cariño, su vida, sin pedir nada en cambio. Seres como ella no volverán a existir. (Transición). Convéncete, Pancho. Todo lo grande, todo lo bueno que ha habido en la familia, se debe a ellas dos: la abuelita y la mama Rosa.

LEONOR (Sin sentirse herida) :— Tienes razón, Mónica. Ellas han sido los verdaderos pilares. (Entran los MUDANCEROS. Breve silencio)

MUDANCERO JOVEN:— ¿Y ahora?

MONICA:— Ahora los cuadros chicos. (Los señala. Ellos los toman y salen)

LEONOR:— Recuerdo como hoy el día en que la Rosa entró a servir. Yo debo haber tenido unos doce a trece años. (Suspiro). ¡Jesús, cómo ha pasado el tiempo!

MONICA:— No haga recuerdos, tía. Piense en el futuro.

LEONOR:— Lo increíble es que puedo hacer recuerdos sin apenarme, Mónica. ¡Bendita sea la vejez! ¡Bendita sea la serenidad! (Se oye una bocina de auto).

ESCENA III

MÓNICA:— Debe ser Juan Pablo que viene a buscarnos. Voy a dar las últimas órdenes. (Empieza a salir, cuando entra FELISA).

FELISA:— ¡Señora, no sé qué hacer con esa veterana, con esa tal Rosa! Ahora le ha dado por deshacer los canastos y dice que no se va. ¡Yo la reté, pero no saqué nada!

MÓNICA (Con indulgencia) :— No la rete, Felisa. Es una empleada muy antigua, a quien queremos mucho. Déjela, no más, y después usted rehace los paquetes.

FELISA (Tiesa) :— Yo, sirviendo a una empleada... (Empieza a salir), ¡Y a esa vieja loca, todavía! (Desaparece).

MÓNICA:— Si quiere, tía, puede recoger sus cosas y se instala en el auto. Yo voy en un momento más. ¿Me acompañas, Pancho?

PANCHITO:— Por supuesto. (Salen).

LEONOR (Pausa. Luego, con emoción) :— Adiós, casa vieja. (Mira cada rincón). Adiós, salón chico. Adiós, mi niñez, mi juventud. ... (Desde la puerta se vuelve. Última mirada). ¡Adiós! (Muy bajo). ¡Adiós! (Sale).

ESCENA IV

La escena queda sola un instante. Después, desde el corredor, entra con lentitud la MAMA ROSA. Rostro oscuro, de moribunda. Tiene la cabeza un poco mala y se mueve con dificultad, apoyándose en muebles y paredes. Mira a su alrededor como sin comprender, lentamente. Mira el vacío dejado en la pared al sacar el retrato de misia Manuela

ROSA (Voz baja, suspirada) — Ay que ser, patrona, que amanecí cansá . . . No voy a poder ná sobarle la esparada .. ni hacerle la cama . . . (Se apoya en la pared. Aparece MONICA)

MONICA:— Mamita Rosa! (Va hacia ella y la abraza) ¿Cómo se siente, mi mamita?

ROSA:— Cansá, cansá (Señala el vacío del retrato) Ella se va a enojar conmigo No le soy a poder sobar ná la esparada

MÓNICA; (Corno hablándole a un niño) Nos vamos de esta casa, mamita: nos trasladamos a la casa mía, en El Golf, y vamos a Y vivir todas juntas.

ROSA:— ,Y ella. también va? (Señala el vacío del retrato)

MÓNICA:— Si, mamita. Ella va se fue; nos está esperando allá.

ROSA (Se alegra, sonríe):— Ta güeno... Entonces, voy también..., ta güeno.....

MÓNICA (La lleva hacia una silla de paja y la sienta) :— Así, así. (Trae un canasto y se lo pone a un lado).  Se siente mal?

ROSA:— Cans , cans ...

MÓNICA:— Le soy a traer un vaso de agua. (Sale rápida).

ROSA:— Gansa, cans ... (Vuelve MÓNICA con el vaso de agua y se lo acerca a los labios. Después lo coloca en el suelo, junto a la, silla)

MÓNICA:— Aquí se lo dejo, por si quiere más. Ahora voy a ver los últimos detalles y después vuelvo a buscarla. Est se bien tranquilita. (que ahora va a descansar. Ya no va a servir más en casa grande. (Sale. La última frase le sigue sonando a ROSA. Se levanta trabajosamente).

ROSA:— Ya no vai a servir en casa grande . . (Lucha por recordar algo). Ya no vai a servir en casa grande.. . Ahora vai a servir en casa grande... (Ha encontrado la imagen de su tía Liduvina, de cuando llegó a Santiago a los quince años). Ahora vai a servir en casa grande, onde gent'e lo muy mejor.. , y tenis que portarte bien,  entend s? (Repite la escena de antaño) . S , tía Liduvina, me voy a portar bien. (Repite trabajosamente). S  tía, Liduvina... (Gira y divisa el vacío de! cuadro de misia Manuela. Se inclina  on dificultad). Rosenda del Carmen González Tapia, pa servir a su mercé... (Revive el diálogo). Claro que s  rezar, pus patrona... (Con ritmo de Catecismo, lentamente). Santa María Maire'Dios5 ruega por losotros los pecadores, ahora y en l'hor'e nuestra muerte. Am n. (Silencio. Se ve pasar a PANCHO que grita: "Aquí llevo la Virgen del Carmen"). Qn Javier, on Javier, :qué le jue a pasar?  C mo lo jue a botar el caballo, cuand'usté desde chico que amansaba los potrillos? (Silencio. Con mano temblorosa, saca un rosario del seno). Aquist , su rosario, bien guardao. Nunqu'e (leja de rezarle, ni un solo día. (Pausa).  Nu ereso lo qui usté quería? (Pausa. Entra el MUDANCERO viejo y pregunta)

MUDANCERO viejo:—  Quea argo p  la mudanza aquí? (ROSA no contesta. El ve la silla de paja y va a tomarla. Esta transpirando. Ve el vaso de agua en el suelo).  Me pueo tomar est'agua? (Silencio de ROSA) Gracias, señora. (Bebe el agua de un trago, toma la silla y sale. En la puerta vuelve la cabeza) . Gracias, señora. (Por el corredor, el MUDANCERO JOVEN llama).

MUDANCERO joven— ;Ya, ap rate, pus Custodio! (Este sale, ROSA se agita)

ROSA:— Custodio, Custodio... (Lo busca con la vista).  Qn

d'stai? Custodio. Te juiste . otra vez te juiste. . . Soy yo, la Rosa. La Rosita... (Silencio. Se asoma MÓNICA por la puerta).

MÓNICA:— Ya, mamita Rosa. ¿Estás lista? Venga.

ROSA (Cree oír a misia Manuela) :— ¿Me llama, misia Manuela?

(ROSA se agacha y toma su canasto, trabajosamente. Mira el vacío del cuadro y avanza con lentitud, vacilante).

VOZ DE MÓNICA:— ¡Ya nos vamos! ¡Apúrese!

ROSA:— ¿Ve cómo li hago farta, misia Manuela? (Avanza lentamente hacia la puerta) Allá'riba tendrá muchos angelitos que la sirvan, pero apuesto que no se puee avenir con ellos, pá que le soben l'esparda ... Apuesto que ninguno la sirve mejor que la Rosa..., la pobre Rosa .. (Está junto a la puerta)

VOZ DE MÓNICA:— ¡Vamos'

ROSA:— ¡Ya vos, patrona, ya voy! (Sale tranqueando, apoyándose en la pared)